

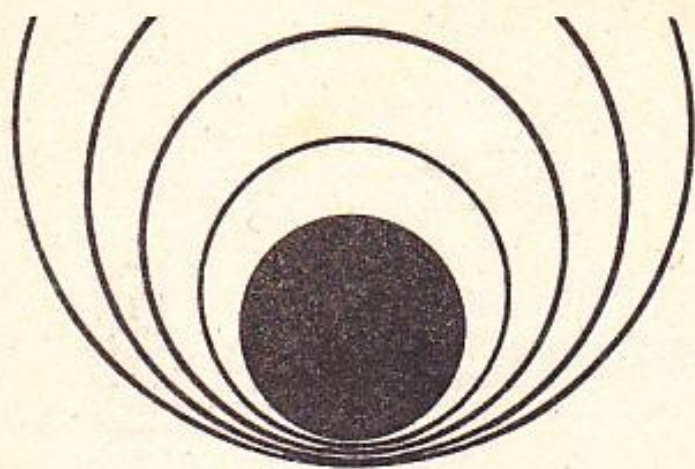


LA MUERTE SABIA SU OFICIO

Ada Coretti



SÓLO MAYORES DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

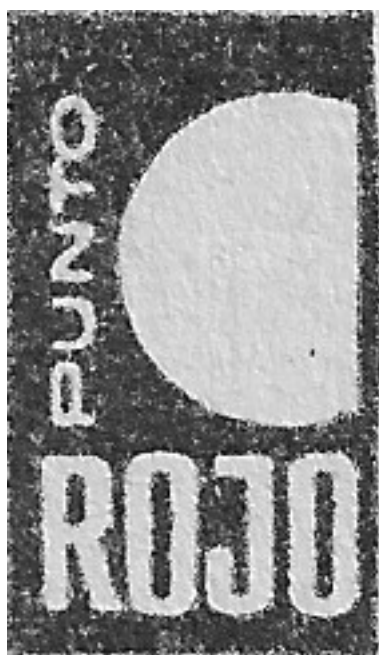
En Colección PUNTO ROJO:

955 — La muerte ríe en el quirófano.

ADA CORETTI

LA MUERTE SABÍA SU OFICIO

Colección PUNTO ROJO n.º 971
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 30.641 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: diciembre, 1980

© **Ada Coretti - 1980**

texto

© **L. Almazán - 1980**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones
de la misma, son fruto exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo que cualquier
 semejanza con personajes, entidades o hechos
pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona -

CAPITULO PRIMERO

Nunca le había gustado vivir con su tío. Tal vez porque la casa en que residía, en las afueras de Rossenward, siempre le había desagradado. Demasiado grande. Demasiado fría e inhóspita. Demasiado, ¿por qué no decirlo...?, tétrica.

Sí, aquella gran casa, que constaba de sótano, planta baja y un piso, y que tenía una explanada en su parte delantera y un terreno lleno de maleza a su alrededor, era tétrica. Desde la primera a la última de sus paredes. Desde el primero al último de sus ladrillos.

Por eso, Deborah Romanns, joven, rubia y bonita, se sentía en un cielo en aquel pequeño apartamento que acababa de alquilar en la ciudad.

Allí era todo moderno, alegre, confortante. Allí se respiraba a placer, a pleno pulmón. Sobre todo en la terraza desde la cual veía la ciudad a sus pies.

En la terraza tenía una mesita y dos sillones. A Deborah le encantaba ocupar uno de esos asientos y hojear alguna revista de moda, o poner la radio y oír un poco de buena música. Sobre todo esto, porque la buena música era uno de sus mayores deleites.

¡Resultaba tan relajante, tan tonificante!

La radio que tenía era portátil y solía llevarla de un lugar a otro del apartamento.

Así lo hizo aquella tarde, conectándola de un modo maquinal, instintivo. Como en otras ocasiones.

Oyó la voz de la locutora.

«Servicio de Urgencia... Se ruega a la señorita Romanns, Deborah Romanns, que actualmente se encuentra en su apartamento de esta ciudad, se persone con la máxima urgencia posible en la casa de su tío, en las afueras de Rossenward. Se trata de un asunto de vida o muerte.»

La muchacha había dado un respingo.

El susto había sido mayúsculo.

Lo que menos podía esperarse, era que la emisora que acababa de conectar, estuviera transmitiendo semejante mensaje. ¿Qué estaría sucediendo de grave, de gravísimo para que sus familiares requirieran de tal modo su presencia?

No era fácil adivinarlo.

Pero la locutora volvió a hablar, así que la muchacha quedó tensa, con el oído atento. Muy atento, pues en realidad el volumen de la radio portátil era bajo, más de lo que, dadas las circunstancias, hubiera deseado.

Repitió la locutora:

«Servicio de Urgencia... Se ruega a la señorita Romanns, Deborah Romanns, que actualmente se encuentra en su apartamento de esta ciudad, se persone con la máxima urgencia posible en la casa de su tío, en las afueras de Rossenward. Se trata de un asunto de vida o muerte —pero en esta ocasión la voz de la locutora, añadió—: Carol, una de las sirvientas de la casa, va a ser asesinada y luego, ya muerta, violada... A menos que la susodicha señorita Deborah Romanns se persone en tal lugar con prontitud, los hechos no podrán evitarse.»

—¿Qué...? —y la muchacha, horrorizada, pero ante todo asombrada y perpleja por lo que acababa de oír, quedó con la lengua pegada al paladar.

Durante largo rato permaneció quieta, inmóvil, sintiendo que los pelos se le habían puesto de punta. No, no acertaba a reaccionar.

Su mirada seguía clavada en la radio, esperando que la locutora dijera algo más. Pero ahora sólo se oía música. Un vals romántico.

—No he oído bien... No he podido oír bien... —musitó la muchacha, sacudiendo la cabeza.

Pero era una chica equilibrada, con la cabeza muy bien colocada sobre los hombros, y sabía que sí, que había oído perfectamente.

Entonces, si había oído bien, ¿qué hacía allí, como paralizada? ¿Cómo no acudía presurosa a socorrer a la buena de Carol, una sirvienta que siempre había sentido por ella un especial y profundo cariño?

De todos modos, aquellas palabras que había oído a través de la radio, no tenían sentido, no tenían lógica. ¿Acaso resultaba admisible que una emisora diera a conocer, antes de que se cometiera, un crimen, una violación...?

¡Oh!, eso de la violación resultaba aún más y más absurdo. Carol era una sirvienta que tenía ya muchos años. Por lo menos setenta.

De un gesto brusco, Deborah Romanns apagó la radio y acto seguido, con precipitación, se echó un jersey por los hombros, cogió el monedero y salió de su apartamento.

El ascensor apenas se hizo esperar, por lo que en seguida se metió allí dentro. Veinte plantas abajo, junto al bordillo de aquella céntrica calle, tenía aparcado su coche.

Subió.

Giró la llave de contacto y le dio al acelerador.

Arrancó como una centella.

Tuvo suerte de que no hubiera ningún guardia por aquella zona. Se hubiera ganado una buena multa. Asegurado.

Empezó a hacérsele de noche, cuando enfilaba la carretera que, unas treinta millas más al norte, alcanzaba la localidad de Rossenward.

Sin embargo, a pesar suyo iba a surgir un imprevisto. Algo que haría que llegara con cierto retraso a la casa de su tío.

El coche se le estropeó.

Cuando pasaba, eso sí, ante un garaje.

Del mal el menos, pensó. Pero la avería resultó de importancia, por lo que el mecánico le dijo que tardaría dos horas como mínimo en reparársela.

—Pero yo necesito estar antes, mucho antes... —se angustió la muchacha.

Fue en aquel preciso momento, cuando un joven alto y atlético, vestido deportivamente, cuyos rasgos enérgicos y ojos de color acerado conferían una expresión de fuerte personalidad a su rostro, se le acercó.

—Si tanta prisa tiene en llegar pronto, a donde sea, yo puedo llevarla. Para mí será un placer.

La muchacha miró al desconocido, quedando altamente complacida de su examen. Examen que a su vez, él le estaba haciendo a ella, con análogo resultado.

—No quisiera molestarle —dijo la muchacha—, pero lo cierto es que me urge llegar cuanto antes a Rossenward.

—Ese es mi cacharro —le indicó sonriente el joven, que si por su tipo podía parecer un simple deportista, por la marca y calidad de su coche, era evidentemente un hombre muy rico.

—¿A esto le llama cacharro?

—Quiero convencerme de que lo es —repuso el joven— para no morirme de envidia.

—Entonces, ¿no es suyo?

—No, no, en absoluto. Es de mi jefe, un hombre de negocios, que me paga espléndidamente, esto no puedo negarlo. Además, me deja a menudo su coche, por lo que puedo lucirme con chicas guapas, como en este caso.

—Se hubiera lucido más si me hubiera dejado creer que era suyo.

—No me gustan los equívocos.

—A mí tampoco —y ella añadió—: pero para mí, lo importante, lo básico, es que alguien me lleve pronto a la casa de mi tío, ¿sabe?, allí va a cometerse un crimen.

Carol acababa de echar una ojeada al dormitorio de Lukas Burne. Todo estaba en orden, como a ella le gustaba.

La casa pertenecía al viejo Stanley Burke, tío de Lukas. De Lukas, de Brian, de Diana y de Andrea, que eran sus cuatro sobrinos. Bueno, en realidad eran cinco, pues a Deborah Romanns siempre la había considerado como a una sobrina más. Aunque sólo se trataba de una hija adoptiva de su hermano fallecido. Su hermano adoptó a la pequeña, no muy seguro de que él y su esposa pudieran tener descendencia. La tuvieron, sin embargo, y allí estaban, para dar buena constancia de ello, Lukas, que era el mayor, y Brian, que era el segundo, y Dianne, la tercera. Y allí estaba finalmente, Andrea, la más pequeña de todos ellos, que acababa de cumplir dieciséis años.

La anciana sirvienta, Carol, sentía sincero aprecio por todos ellos. Desde el duro e intransigente tío Stanley Burke, hasta el pícaro y granuja de su sobrino Lukas. A todos los quería profundamente. Si bien lo mejor de sus sentimientos eran para Deborah, la bonita muchacha que alegraba la vista con su sola presencia.

Carol servía en la casa desde hacía casi cincuenta años, apenas se quedó viuda, con una niña. Tuvo que ganarse la vida y aquella forma le pareció lo mejor que podía hacer. La niña quedó en un colegio.

La anciana sirvienta, delgada, con muchas arrugas en su rostro, cuello y escote, dejó de pensar en el pasado al oír un ruido tras de ella. Se giró un poco sobresaltada. Creía estar sola en la habitación de Lukas.

Pero se trataba de alguien sobradamente conocido, así que el susto se le fue en seguida.

—Te imaginaba en la ciudad —le dijo.

—He decidido volver... —fue la respuesta.

—No hay nadie más en la casa, ¿verdad?

—En este momento estamos solos.

Y dicho esto, el hombre que acababa de entrar en la estancia, se lanzó sobre la mujer. En un ataque veloz, y a la vez brutal, que la desconcertó enteramente.

Le tapó la boca con la mano, para que no gritara. Esto lo primero. Después la tiró al suelo, dándole con la cabeza contra las baldosas varias veces. Las precisas hasta privarla del conocimiento.

Después, ya pudiendo actuar con más calma, metió la diestra en el bolsillo de su pantalón y sacó su bisturí de afiladísima hoja.

Cogiéndolo por el mango, colocó la punta sobre el corazón de la anciana. Antes había palpado su pecho, recogiendo el lugar exacto de sus palpitaciones. Así no fallaría en su pretensión.

De pronto, hundió la hoja en la carne.

No falló.

La hoja del bisturí, de más de diez centímetros de largo, atravesó

inapelablemente el órgano central de la circulación de la sangre, es decir, el corazón. La vida de la pobre mujer acabó en aquel mismo instante.

Acto seguido, aquel hombre se dedicó a desvestir a la anciana. Y así lo hizo, hasta la última prenda, hasta dejar al descubierto, por completo, su cuerpo delgado y arrugado.

Después cayó salvajemente sobre ella y la violó...

El cuerpo de la sirvienta estaba aún caliente, tibio, y pareció encontrar un reconfortante placer en satisfacer así sus instintos sexuales.

Una escena horrible, espeluznante, increíblemente morbosa, capaz de dar náuseas incluso al que tuviera mejor templado el estómago.

Seguidamente, el hombre arrastró el pobre cuerpo hacia el cuarto de baño, metiéndolo en la bañera.

Una vez colocado allí dentro, abrió los grifos, para que el agua lo cubriera.

Instantes después empezaba a descuartizarlo.

Cuando concluyó con su escalofriante tarea, el cuerpo estaba convertido en veinte pedazos. Sólo quedó uno bastante grande, que comprendía el bajo vientre y los órganos sexuales.

Allí dejó clavado su bisturí.

CAPITULO II

Ya conducía el coche, cuando dijo:

—No sé si he oído bien. ¿Ha dicho que en la casa de su tío va a cometerse un crimen?

—Sí, sí —asintió Deborah Romans—, eso he dicho. Aunque he omitido algo, también va a cometerse, en la misma persona, una violación.

—Pero, bueno, ¿usted está loca o acaso es que quiere tomarme el pelo?

Dennis Barsson, que así se llamaba el joven que la estaba llevando en su coche hasta Rossenward, la miró de soslayo.

—Ni una cosa ni la otra —respondió ella.

Y seguidamente le explicó lo que le había sucedido. Se lo explicó sin omitir nada. Tal y como los hechos, exactamente, se habían llevado a cabo.

—Eso no se lo cree nadie.

—Pues le he dicho la verdad.

—¿Su radio ha transmitido ese mensaje...? Pero ¿qué broma es ésta? —No podía admitir otra cosa. Hacerlo no hubiera resultado razonable—. Oiga, preciosa, si quiere asustarme es mejor que me cuente una historia de Drácula. Al menos resultará más verosímil.

—Me hago cargo, no me cree —repuso Deborah—, La verdad es que al principio ni yo me lo creía.

—Pero ¿no comprende que una emisora no puede en modo alguno...?

—Sí, sí, lo comprendo. Pero yo le aseguro que la voz de la locutora, en mi radio...

—¿No ha bebido champaña para celebrar algo?

—Ni una copa.

—¿Y whisky?

—Tampoco. Ni ninguna otra bebida. Pero la radio ha dicho eso, se lo aseguro...

—Pues esto que me cuenta no tiene ni pies ni cabeza.

—Es cierto. De todos modos, tengo ganas de estar en la casa de mi tío y de darme cuenta por mí misma de que todo ha sido una pesadilla. Pero no —se rectificó por sí misma—, no puede tratarse de una pesadilla, porque el mensaje ha llegado a mis oídos con toda claridad y...

—Abreviando —dijo Dennis Barsson—, a mi costa no va a guasearse usted. Sépalo.

—No, si no pretendo guasearme...

—Mire, le sugiero que deponga su ridícula actitud, que olvide todo

lo que ha dicho y acepte mi invitación...

—¿Su invitación?

—Podríamos pararnos en cualquier snack-bar y tomar un bocadillo y una cerveza. Mientras tanto, charlaríamos. A mí siempre me ha encantado charlar con chicas guapas... ¿Cómo se llama?

—Deborah. Deborah Romanns. Pero del bocadillo y de la cerveza nada. Se lo he dicho ya y se lo repito ahora, tengo que llegar cuanto antes a la casa de mi tío.

—En las afueras de Rossenward, sí, ya lo sé —y agregó—: ¿Pero se puede saber de qué le sirve insistir en su historia, si ya ve que no me la creo? Ni por asomos, claro.

—Es usted muy incrédulo.

—En este caso, afortunadamente. No serlo equivaldría a estar un poco mal de la cabeza.

—¿Cómo podría yo convencerle...? —Pero se vio incapaz de conseguirlo, así que dio un suspiro y se resignó—. Bueno, vale más dejarlo estar. Bien mirado usted me lleva en su coche y más no puedo pedirle.

—Así me gusta, que se haga cargo de las cosas y se vuelva razonable.

—De acuerdo. Pero, por favor, ¿por qué no conduce a mayor velocidad? Ya lo sabe, me urge llegar pronto, muy pronto, a la casa de mi tío —y ahora insistió de nuevo—: De ello depende la vida de una persona.

—¡Y dale! ¿Otra vez con lo mismo?

—¿Qué quiere? La verdad sólo es una. No puede ser otra.

—Si usted lo dice...

Antes de llegar a la casa del viejo y rico Stanley Burke, el coche pasó ante un largo y alto muro. Allí dentro había un edificio con ventanas enrejadas.

—Es el manicomio —dijo Deborah.

—¡Ah! —se limitó a comentar Dennis.

Siguió adelante, y poco después surgía ante su vista la casa del tío de la muchacha, con su gran explanada en su parte delantera.

—Es aquí.

—Lamento que haya concluido el viaje —dijo él—. Conducía a gusto llevando a mi lado a una chica como usted.

—Gracias.

—A pesar —repuso— del rollo que me ha soltado.

—No ha sido ningún rollo.

—Bueno, bueno, dejémoslo así. Ha sido un placer conocerla. Adiós.

—Adiós.

Cuando Deborah Romanns se acertó a la casa e hizo sonar el timbre de la puerta de entrada, ya el coche de Dennis Barsson se perdía a lo lejos de la carretera.

Pero la muchacha no reparaba en ello, impaciente como se hallaba por saber qué era lo que exactamente le había sucedido a la anciana sirvienta.

Le abrió, instantes después, el mayordomo. Se llamaba David.

Se trataba de un hombre de mediana edad, regular estatura, delgado, de rasgos acusados y ojos algo saltones, que tenía por costumbre hablar muy poco. Apenas lo justo. Lo que no le impedía ser, en todo momento, un criado atento y competente.

—¿Hay alguien en la casa? —quiso saber Deborah, sin más.

—Sí, señorita. Están todos. Acaban de llegar.

—¿Acaban de llegar...? —preguntó la muchacha, deseando que ampliara la respuesta.

—En menos de media hora han regresado unos y otros —le informó David, el mayordomo—. Todos se habían ido, ¿sabe? Cada uno a sus cosas. Ahora están reunidos en la sala de billar.

—¿Y Carol...? —Inquirió, nerviosa—, ¿Sabe dónde está?

—Hace rato que no la he visto. Debe estar —sugirió— en el dormitorio del señorito Lukas. Ya sabe usted que después de comer le gusta echarse vestido sobre la cama, sin apartar la colcha, y que Carol suele ir por allí a arreglarlo todo un poco.

—Sí, sí, ya lo sé —asintió Deborah. Y se apresuró a agregar—. Por favor, vaya a buscarla.

—Lo que usted mande.

Ella se fue directamente hacia la sala de billar, donde, en efecto, se hallaban reunidos todos los componentes de la familia.

Junto a la gran chimenea de mármol blanco y negro, sobre cuya ancha repisa se hallaba colocado un reloj de sonoras campanadas, en un sillón de orejeras, se hallaba el dueño de la casa, el viejo Stanley Burke. Ochenta años, un cuerpo agachado y enjuto y unos ojos que achicaba al mirar.

Andrea, pálida y ojerosa, estaba junto a una pequeña marmita, cerca de su hermana Dianne, que a su vez hojeaba unas revistas de moda.

Dianne no se parecía en nada a su hermana menor, era alta y gruesa, muy colorada de cara. Se asemejaba, eso sí, a su hermano Brian.

Este se hallaba leyendo un libro. Un libro que al parecer acaparaba toda su atención.

En cuanto a Lukas, fumaba con indolencia cerca de la chimenea, cuyos grandes y gruesos troncos crepitaban entre llamas que daban la sensación de estar ejecutando una danza burlesca.

—Hola a todos —saludó Deborah desde la puerta de la estancia.

Una amplísima estancia, llena de cómodos sillones. En un extremo, una mesa de billar. Destacaba gratamente su superficie de color verde, sobre la que descansaban inmóviles las bolas de marfil.

—¿Tú, Deborah? —se sorprendió gratamente el viejo Stanley Burke.

—Ya ves —y la muchacha se acercó para besarle.

—Me dijiste que te ibas a tu apartamento y que no regresarías en dos o tres días. Te costó conseguir mi permiso y... una vez que te lo doy, regresas, así, de pronto. No lo entiendo.

—He temido que en mi ausencia pudiera suceder aquí algo malo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Andrea, la chiquilla, acercándose.

Deborah miró a su prima. Bueno, como prima la había considerado siempre. La encontró más pálida y ojerosa que nunca.

—No sé, no sé... —contestó Deborah, sin querer referirse a! mensaje que no hacía mucho había oído en la radio.

De pronto había comprendido que Dennis Barsson, el joven que la había llevado en su coche hasta allí, tenía razón, toda la razón del mundo. Aquel hecho era inadmisibile.

—No te entiendo bien —repuso Dianne, acercándose a su vez—. Además, te noto muy nerviosa.

—Es que lo estoy —reconoció la muchacha.

—Pues tú —intervino el primo Lukas, sonriente— no sueles ponerte nerviosa fácilmente. Es una de tus virtudes.

—De virtudes tiene tantas —repuso a su vez el primo Brian— que evidentemente es la mejor de todos nosotros. Por lo que no hemos de extrañarnos que sea la favorita de nuestro tío.

—¿Quién dice que lo sea? —Preguntó el viejo Stanley Burke—. Yo os quiero a todos por igual,

—¿A mí también? —inquirió Lukas.

Lukas era guapo, esto no había quien pudiera negárselo. Pero se lo sabía demasiado y resultaba algo presuntuoso. Ahora, no obstante, al hacer esta pregunta, había dejado a un lado su acostumbrada petulancia. Se veía que, a pesar de querer disimularlo, algo le estaba preocupando enormemente.

—Si dejara de quererte —repuso el viejo Stanley Burke' tras una pausa—, no sería por culpa mía, sino tuya.

—¿Mía...? —Lukas se hizo el asombrado.

—Sí, tuya —y el dueño de la casa puntualizó—: Sabes de sobras que ciertas cosas de tu visa no me gustan nada. Estoy a la espera de que cambies. De no hacerlo...

Dejó sin concluir la frase, por considerarlo, posiblemente, innecesario. Había quedado claro lo que había querido decir.

Por lo menos, había quedado perfectamente claro para el interesado. De ello que el rostro de Lukas cambiara de color repetidas

veces, llenándose de coraje su expresión.

No hubo más.

En aquel instante se oyó gritar al mayordomo. Un grito que dejó a todos sobrecogidos, petrificados.

El mayordomo acababa de encontrar en la bañera el cuerpo descuartizado de Carol, la anciana sirvienta.

CAPITULO III

Dennis Barsson se quedó de una pieza cuando leyó en el periódico, en la página de sucesos, lo que había sucedido en aquella casa de las afueras de Rossenward.

¡Muerta la sirvienta! ¡Y violada...!

Exactamente lo que Deborah Romanns, la muchacha que llevó en su coche, le dijo que estaba temiendo que sucediera. Lo que estaba temiendo, porque su radio...

¡Caramba, que había cosas difíciles de aceptar, de asimilar! Y una de ellas era ésta, qué duda cabe.

Una vez sabido el hecho, ya no pudo sacárselo de la cabeza. Sintió la necesidad de saber más, de profundizar sobre todo aquello.

Así que, como hombre decidido que era, se dio prisa por averiguar dónde podía encontrar de nuevo a la muchacha. Pensamiento que, por lo demás, no le desagradaba en absoluto. Todo lo contrario. Deborah Romanns era muy bonita y de antemano le encantaba la idea de tenerla en sus pupilas.

Se enteró de que tenía un apartamento, y sabida su dirección, decidió ir a verla.

No perdió tiempo. No le gustaba perderlo.

Hizo sonar el timbre sin vacilaciones y al poco la puerta se le entreabría, apareciendo un rostro visiblemente trastornado. Pero tan bonito como siempre.

—¿Qué tal? —saludó Dennis con naturalidad.

—¿Usted? —se sorprendió Deborah.

—Ya ve —y añadió—: Pasaría, si me invitara a ello...

—Sí, claro —le ofreció ella—. Pase usted.

—Gracias.

Entró en el pequeño apartamento, que le causó una impresión inmejorable.

—Todo esto —comentó— resulta encantador. Como usted misma, Deborah.

Pronunció el nombre de la muchacha, lo que a ella no le disgustó lo más mínimo. De ello que se animara la expresión de sus bonitos ojos claros.

Seguidamente, Dennis Barsson dijo:

—Si estoy aquí es porque deseo presentarle mis disculpas. No la tomé en serio...

—¡Ah!, ¿se refiere al crimen del que le hablé y a su escepticismo al respecto?

—Sí, a eso me refiero. Confieso sinceramente que al leer en el periódico lo sucedido en la casa de su tío, me quedé boquiabierto. Y

arrepentido, todo hay que decirlo. Usted se merecía que le prestara más atención.

—Se da cuenta de ello un poco tarde. Pero, bueno, no se preocupe. Lo irremediable sucedió. Eso es todo.

—Dígame, Deborah, ¿se sabe quién cometió ese horrible crimen?

—La policía acaba de averiguarlo.

—¿Sí...? Le agradecería que me pusiera al corriente. Comprenda que sienta cierta curiosidad por el caso.

—Le comprendo —y agregó—: Tome asiento, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—Si tan gentilmente me lo ofrece...

Le dio un whisky y ella se sirvió otro.

—No tengo costumbre de beber, pero ahora siento que me hace falta. A mí, sinceramente —reconoció— no termina de satisfacerme el informe de la policía.

Cuando hubo bebido un par de pequeños sorbos ya sentados en los silloncitos del floreado tresillo, la muchacha le explicó:

—Cerca de la casa de mi tío hay un manicomio y de allí se escapó un loco... Y ese loco, según la policía, es el asesino. Un maníaco sexual.

—¿Y esa teoría no le va, Deborah?

—No —confesó la muchacha, con un estremecimiento.

—¿Por qué no?

—Porque siento la escalofriante sensación de que al asesino le conozco yo... y de que no es ése. Es otro y... y... —se angustió— de mi propia familia.

—Pero explíqueme, ¿qué ha opinado la policía de lo que usted oyó, en su radio?

—No ha opinado cosa alguna. Aunque reconozco que la culpa es sólo mía. No les he dicho nada. Me lo he callado, ¿sabe?

—¿Y por qué se lo ha callado? —quiso saber el joven.

—Exactamente no lo sé... Posiblemente porque he tenido miedo de hablar. Un miedo quizá absurdo, tal vez ridículo, pero del que no he podido escapar.

—¿Miedo...? —inquirió Dennis Barsson.

—Le he dicho que sospecho que el asesino es uno de mi familia, ¿no? Pues en tales circunstancias, hágase cargo, el hablar podía traerme dificultades. ¿Acaso no es de mi mismo parecer?

—Sí, por lo menos en lo que se refiere a sospechar de alguien... muy allegado a usted. Porque si su radio dio ese mensaje, eso significa con certeza que el asesino entró aquí y si entró sin que usted reparara en ello, es que consiguió hacerse con una llave. ¿Cuántas tiene este apartamento?

—Dos —dijo Deborah—. Una está en mi bolso y la otra en un cajón

de mi tocador, en la habitación que tengo en la casa de mi tío.

—Pues el asesino tuvo acceso a ese cajón y se apropió de la llave, hizo una copia y así pudo entrar tranquilamente aquí. Esto no cabe dudarlo.

—¿No...?

—Claro que no. Porque si su radio dio ese mensaje, era porque estaba trucada...

—Arreglada. A gusto de la persona que entró aquí. Otra cosa resultaría inadmisible.

—Sí, claro.

—Se lo ruego, enséñeme esa radio —añadió con una sonrisa—. Si no le sabe mal que me inmiscuya en sus asuntos. En realidad, quisiera ayudarla si en mi mano está el hacerlo.

—Se lo agradezco mucho —y le devolvió la sonrisa, sin tener que esforzarse mucho—. Si he de serle sincera, antes de llamar usted estaba hundida, desmoralizada, llena de angustia.

—¿Ya no?

—No, se lo aseguro. Su presencia me infunde ánimos.

—Me halaga usted, Deborah.

—Ahora le traigo la radio.

—Mejor si me trae también un destornillador. ¿Tiene alguno?

—Sí.

—Pues tráigamelo.

Ya con la radio entre las manos, Dennis Barsson se dedicó a desmontarlo. La muchacha le miraba sin comprender del todo.

—Lo que me imaginaba —dijo el joven cuando consiguió levantar la tapa y echar un vistazo a su interior.

—¿Qué pasa?

—Esta radio ha sido convertida en un *cassette*. Cuando usted creyó conectar una emisora, empezó a sonar la cinta debidamente colocada a la espera de tal momento. Mire usted misma. Aquí está la cinta.

—¡Oh, sí!

—De ello que surgiera la voz de la falsa locutora, con un mensaje de socorro que resultó cierto porque era el propio asesino quien lo había colocado.

—Comprendo.

—De explicárselo a la policía, ésta se hubiera hecho cargo en seguida de que el asesino no era el loco que se evadió del manicomio. Ese loco pudo escaparse de su encierro y asesinar a su sirvienta, pero no llegar hasta aquí, arreglar a su modo esta radio y... —se interrumpió—. Debí decírselo a la policía.

—Sí, ahora me hago cargo. Pero tuve miedo, ya se lo he dicho.

—No obstante, ya que las cosas han ido así, será mejor que siga callando. Bien mirado, ahora me tiene a mí para ayudarla. Ahora ya

no está sola.

—¿Va a ayudarme?

—Puede darlo por hecho.

—Pero usted tendrá sus obligaciones, su trabajo y...

—Sí lo tengo. Pero he pedido unos días de asueto a mi jefe. Así que, estos días puedo dedicárselos plenamente. No va a ocasionarme por ello ningún trastorno.

—No esperaba tanta amabilidad por su parte.

—Es algo más que amabilidad. ¿Sabe la verdad...? —La miró con sumo agrado—. Nunca había encontrado a una muchacha que me pareciera tan guapa, tan atractiva, tan encantadora. Compréndame —añadió— no me perdonaría que pudiera correr usted la misma suerte de su sirvienta.

—Ni me lo diga. Se me pone la carne de gallina.

Había vuelto a montar la radio, a dejarlo como estaba antes. Hecho lo cual hizo girar el botón que la ponía en funcionamiento. Deseaba oír la voz de la falsa locutora, con aquel insólito y morboso mensaje.

La voz sonó. Pero el mensaje, a pesar de empezar de forma análoga, era otro.

«Servicio de urgencia... Se ruega a la señorita Romans, Deborah Romans, que actualmente se encuentra en su apartamento de esta ciudad, se persone con la máxima urgencia posible en la casa de su tío, en las afueras de Rossenward. Se trata de un aviso de vida o muerte. Lukas va a morir quemado en la chimenea de la sala de billar. A menos que la susodicha señorita Deborah Romans se persone en tal lugar con prontitud, los hechos no podrán evitarse.»

Deborah dio un nuevo respingo. ¿Cómo no darlo...? En cuanto a Dennis, la imitó. Le resultó imposible no hacerlo.

Se miraron.

El espanto agrandaba los ojos de la muchacha.

El pasmo, más que otra cosa, los del joven.

—¿Hemos oído bien...? —le preguntó Deborah cuando se vio capaz de hablar.

—Perfectamente —respondió Dennis Barsson, ya dueño por entero de todos sus resortes emocionales. Y agregó Dennis Barsson, —: Por lo visto el asesino ha colocado una segunda cinta... Oiga, ¿quién es Lukas?

—Mi primo —dijo la muchacha—. Bueno, como si lo fuera... También es... es mi novio... —y poniéndose en pie dio un brinco—. ¡Hemos de ir a salvarle! ¡Quizá lleguemos a tiempo! ¡Oh, lo lamento!

—se disculpó—. No he debido hablar en plural... No tengo por qué meterle a usted en esto...

—Estoy ya metido —dijo él—. Me he propuesto ayudarla. Ha hecho perfectamente, pues, pluralizando.

—Gracias.

—Pero no confíe en llegar a tiempo. El asesino debe haber medido bien el tiempo. Lo suficientemente bien para que, cuando lleguemos, el hecho esté ya consumado.

—Pero, qué pretende el asesino con estas cintas, con estos mensajes...? —la voz de la muchacha había salido temblorosa de su garganta.

—No tengo ni idea —contestó Dennis Barsson.

—Resulta escalofriante...

—Es cierto —y añadió, tras una breve pausa—: Oiga, ¿está usted muy enamorada de su novio?

—No —confesó ella—. En absoluto. Pero aún así, hágase cargo...

—Sí, claro,

No se detuvieron en más consideraciones, pues éstas implicaban una sensible pérdida de tiempo, y se apresuraron a salir del apartamento.

En esta ocasión, el coche de Dennis fue mucho más velozmente hacia Rossenward. Ahora, su conductor, sabía que todo aquello que sucedía era trágicamente cierto.

Sin embargo, estaba cada vez más convencido de que todo iba a ser inútil. Lamentablemente inútil.

No llegarían a tiempo.

* * *

Cuando llegaron a la casa, dieron, momentáneamente al menos, un suspiro de alivio. Todos los componentes de la familia estaban reunidos, y se reían alegremente.

Pero no, no todos estaban reunidos allí, en el amplio comedor, de muebles altos, severos, y de cortinajes pesados, oscuros, que parecían no querer dejar entrar la luz de las ventanas.

Alguien faltaba... ¡Y era Lukas! ¡Precisamente él!

Deborah, tras el momentáneo suspiro de alivio, tragó saliva antes de encontrar ánimos para dirigirse a la sala de billar.

No obstante, antes de hacerlo, oyó la voz del viejo Stanley Burke.

—Lo menos que puedes hacer es, supongo, presentarnos a quien te acompaña... ¿O abstenerse de presentaciones es la nueva moda de esta temporada?

—Perdone, tío —se disculpó la muchacha—. Con los nervios, con la excitación...

—¿Pues qué te pasa? —preguntó Brian, que fue el primero, por lo visto, en reparar en la intensa palidez que cubría el rostro de Deborah.

—Te veo muy trastornada —dijo Andrea, cuyos dieciséis años resultaban a menudo bastante suspicaces.

—Sí, estás muy trastornada —corroboró Dianne.

—¡Si supierais! —Y Deborah agregó—: Se trata de Lukas... Temo que esté muerto... Este joven —señaló a Dennis Barsson—, un buen amigo, me ha traído rápidamente en su coche para ver de evitarlo.

—Para ver de evitar ¿qué? —inquirió Stanley Burke, achicando los ojos como solía hacer cuando alguien, o algo, requería su especial atención.

—Para ver de evitar que Lukas esté muerto —repuso Deborah—. Ya con, Carol me pasó algo parecido y...

—Y no entendemos nada —puntualizó Brian.

—Nada absolutamente —corroboró Dianne.

—Yo sí creo comprender algo —dijo a su vez Andrea. Y añadió—: Cuando el otro día viniste tan presurosa y tan angustiada preguntando por Carol, tú ya sabías algo, ¿verdad?

—Sí —reconoció Deborah. Pero el momento no era apropiado para prolongar la charla, así que zanjó—: Bueno, dejémonos ahora de pensar en Carol, pues esto desgraciadamente ya no sirve de nada, y busquemos a Lukas...

—¿Dónde está la sala de billar? —preguntó Dennis Barsson, hablando por primera vez y yendo, sin más, a la base primordial de la cuestión.

—Es por aquí... —le indicó Brian.

Unos y otros se precipitaron hacia la susodicha estancia. ¿No había dicho Deborah que temía que Lukas estuviera muerto?

Fueron hacia allí, pues, con el aliento cortado.

Pero apenas hubieron abierto la puerta, antes de entrar, todos ellos se detuvieron por unos instantes. Como paralizados por un rayo. Acababan de captar sus pituitarias un espantoso olor a carne quemada.

¡Y se trataba de carne humana!

Esto pudieron constatarlo cuando, ya en el interior de la sala de billar, dirigieron sus miradas hacia la chimenea.

Allí, en su concavidad de grandes dimensiones, sobre los gruesos troncos que crepitaban, se hallaba el cuerpo de Lukas Burke rodeado de llamas.

Un cuerpo que se hallaba tan quemado, que hubiera resultado verdaderamente irreconocible a no ser porque la cabeza había quedado fuera de los troncos, de las llamas, y en consecuencia apenas había sufrido mutilación ninguna. No así brazos y piernas, convertidos ahora en simples y descarnados huesos.

Todos miraron con auténtico horror aquel rostro, sin quemadura ninguna, pero que llevaba impreso en sus rasgos la siniestra huella de

la muerte. De una muerte horrible, evidentemente.

—No le hemos oído gritar... —murmuró Andrea, que pareció más chiquilla que nunca, posiblemente porque le faltaba poco para echarse a llorar.

—Resulta incomprensible —añadió Dianne.

—¿Quién ha podido hacerlo? —inquirió Brian.

El viejo Stanley Burke se tambaleó.

CAPITULO IV

Dennis Barsson había rogado a la muchacha que le explicara su vida y también, cómo no, la de su familia. Le dijo que para saber a qué atenerse y poder ayudarla, necesitaba conocer esa historia.

Deborah no se hizo de rogar, y le puso al corriente de esa historia, que daba la sensación de ser vulgar. Aunque quizá no tanto como pudiera parecer a primera vista.

La muchacha se la explicó aquella tarde, ambos en el apartamento de ella, sentados en la terraza, con la ciudad abajo, pequeña, muy pequeña, como de juguete.

* * *

El matrimonio Romanns murió en accidente de coche y la hija de éstos, Deborah, fue a parar al cuidado de Cecil Burke y de su esposa Nancy. Eran los mejores y más entrañables amigos de sus padres.

Cecil y Nancy se habían casado hacía unos dos años y no tenían hijos. Pero no habían perdido la esperanza de tenerlos, pues el ginecólogo les aseguraba repetidamente que no existían impedimentos físicos para que sus esperanzas se vieran realizadas. Como fuera, acogieron a la pequeña Deborah.

Nancy quedó embarazada poco tiempo después. Ya para entonces, sin embargo, habían entregado su corazón a la pequeña Deborah, y ambos sabían que, por muchos hijos que tuvieran, la hija de sus amigos sería siempre algo muy suyo.

El embarazo presentó complicaciones, pero aún así Nancy decidió tener a su hijo en aquella casa, la casa de su marido, situada en las afueras de Rossenward. Una casa demasiado grande, de aspecto frío e inhóspita, esto es cierto, pero que a ella siempre le había gustado. Nunca en realidad supo por qué.

A Cecil no le agradó la idea. Hubiera preferido una buena clínica. Sobre todo porque se sabía ya que el alumbramiento iba a ser doble, gemelos. Pero su esposa insistió, diciéndole que Carol, su sirvienta de más confianza, entendía de partos, y que no albergaba temores de ninguna índole ya que ella estaba convencida de que todo iba a ir bien.

Tranquilizado al respecto, Cecil terminó cediendo. Pero lamentó haber accedido a sus deseos, pues de los dos hijos uno nació muerto. Al otro hijo le pusieron el nombre de Lukas. Se trataba de una criatura preciosa que desde aquel momento fue el orgullo de sus vidas. Y el orgullo de su hermano Stanley, solterón, que vivía en la casa con ellos.

Pero aquella felicidad había aún de aumentar, y pronto, pues Nancy volvió a quedar en estado de buena esperanza. De nuevo, en camino,

gemelos. Lo que no resultaba mucho de extrañar, pues en la familia tales casos se repetían con harta frecuencia.

El nuevo parto tuvo lugar en una lujosa clínica. En esta ocasión, Cecil no cedió a los deseos de su esposa, que eran los mismos, dar a luz en aquella casa.

—¿Quieres que vuelva a suceder como la otra vez? —la recriminó.

—Carol no tuvo la culpa ni la tuvo nadie —defendió Nancy a su sirvienta—. Nuestro hijo nació muerto.

—En la clínica irá todo mejor. No se hable más.

No se habló más, pero de aquellos dos hijos, uno de ellos, asimismo, falleció. El otro quedó con vida. A éste le impusieron el nombre de Brian.

Aunque no le había ayudado a venir a este mundo Carol le tomó un cariño extrañadísimo a este segundo hijo de sus señores. Tanto como pudiera habérselo tomado a Lukas.

Un cariño, empero, que con el tiempo se vería obligada a repartir. Por la sencilla razón de que su señora volvió a quedar embarazada en dos nuevas ocasiones. Ahora no se trataba de gemelos.

Nacieron dos niñas. A la mayor le pusieron el nombre de Dianne. A la pequeña Andrea.

Eran cuatro en total. No, cinco, pues no había que olvidar a Deborah, la pequeña que había sido la primera en alegrar aquella casa. En realidad, Deborah era tan graciosa, tan bonita y tan buena, que se hacía querer por todos.

Sí, todos la querían.

Tanto quienes le hacían de padres, como sus primos Lukas, Brian, Dianne y Andrea. Sin olvidar al tío, el viejo Stanley Burke, que sentía predilección por ella.

También la sirvienta, Carol, la quería, y muy sinceramente por cierto. Tanto, o más quizá, que si la hubiera ayudado a llegar a este mundo.

Pasaron unos años muy felices.

De pronto, no obstante, se oscureció el cielo de aquellas existencias. Falleció Cecil Burke de un fallo cardíaco y un año .después Nancy, su esposa. Y los cinco niños, pues aún eran unos niños, quedaron solos.

No, solos no.

Quedó para ampararles su tío Stanley. Y lo hizo a conciencia, ésta es una verdad incuestionable. Ni el propio padre hubiera podido desempeñar con más celo su cometido.

No obstante, ya hombres ellos y muchachas mayores ellas, algo empezó a no marchar bien del todo.

Fue por culpa de Lukas, el mayor, al que le dio por llevar una vida disoluta. Que al principio todo el mundo le disculpó, casi le aplaudió, pues era guapo, desenvuelto y sabía ser simpático. Parecía como si

todo debiera estarle permitido.

Pero reincidió demasiado en sus calaveradas, y el tío, Stanley Burke, empezó a decirle que tenía que cambiar, que las cosas habían llegado hasta tal extremo pero que más lejos no podían ir.

—Si no corriges tu modo de vivir —le dijo—. No cuentes en adelante con la generosidad de mi cartera.

Se lo dijo ante sus demás sobrinos.

Quiso por lo visto que todos lo supieran.

Pero Lukas no se amedrentó por lo que había parecido ser todo un ultimátum, y siguió adelante a su manera. Bueno, al principio sí dio la impresión de cambiar, todo hay que decirlo. Fue durante aquellos días cuando se declaró a Deborah.

—Te quiero —le dijo—. Estoy enamorado de ti.

A la muchacha le gustaba Lukas. ¡Era tan guapo, tan desenvuelto y tan simpático! Le contestó que sí, que respondía a sus sentimientos.

Se hicieron novios. Pero lo dicho, Lukas volvió a las andadas.

Deborah se desilusionó. Había creído que Lukas iba a cambiar. Se daba cuenta de que no era así cuando ya era tarde.

Pero no, no era tarde. Bastarían unas cuantas palabras para romper el compromiso.

Antes, no obstante, había de pronunciar otras palabras el viejo Stanley Burke.

—Lukas, me tienes cada día más disgustado. Antes llevabas una vida disoluta que era una verdadera vergüenza. Ahora no te conformas con eso y te haces novio de Deborah, una buena chica, a la que, de llegar a ser su marido, harías muy desgraciada.

—La quiero —contestó Lukas.

—No es cierto. Tú sólo te quieres a ti mismo, y a esa vida que llevas, en la que tanto te distraen las putas...

—No seas mal hablado, tío —protestó Lukas, riéndose.

—Te lo repito, Lukas, tienes que cambiar. Y no sólo eso, te lo advierto, debes romper tu compromiso con Deborah. Si no haces ambas cosas, despídete de mi herencia. Todo mi dinero será para mis cuatro sobrinos. Tú habrás dejado de serlo para mí.

Ni aún con estas palabras consiguió que Lukas se asustara, así que el mayor de sus sobrinos siguió viviendo a su modo, derrochando el dinero, jugando, bebiendo, y codeándose con mujeres de mala nota.

Llegó un día en que el viejo Stanley Burke no pudo aguantar más y le dijo:

—Debes saber una cosa.

En otra ocasión también le habló delante de sus otros sobrinos. También delante de Deborah, claro está.

—¿De qué se trata? —preguntó Lukas, con aparente indiferencia.

—He hecho testamento. Te he desheredado... Te he desheredado —

añadió—, Y así seguirá todo mientras no me demuestres que has cambiado, si no mucho, al menos en parte.

Tampoco en esta ocasión consiguió imponerse. Lukas siguió haciendo las cosas a su modo.

Poco después, Deborah había de pensar en solucionar su problema, su papeleta. Porque era toda una papeleta ser la novia de un hombre del que se había desilusionado por completo y al que, ahora se daba cuenta, no amaba en absoluto.

—Lukas... —le dijo un día.

—Te escucho, cariño —contestó él.

—No sé cómo empezar...

* * *

Tampoco ahora Deborah Romans supo cómo proseguir, así que se detuvo al llegar a este momento de su narración.

Dennis Barsson quedó mirándola, quizá un poco sorprendido de aquella interrupción.

Empezaba a oscurecer en la terraza.

Abajo, la ciudad encendía ya sus primeras luces.

—Prosigue, por favor —le animó a hacerlo.

—Es que... —vaciló un poco la muchacha— le va a desconcertar lo que voy a decirle... Posiblemente no va a comprenderme...

—¿Por qué no?

—Yo no quería a Lukas, ya se lo he explicado. Me había dado cuenta de que todo había sido una desilusión pasajera. Sin embargo...

—¿Qué?

—Cuando me propuse decirle la verdad, las palabras no salieron de mi boca. Se me quedaron detenidas en la garganta, como agarrotadas... Y entonces, Lukas, interpretando a su modo mi vacilación, creyó que yo estaba celosa de las demás mujeres... Eso... Unicamente eso... Ni le cruzó por el pensamiento la idea de que yo pudiera haberle dejado de querer.

—¿Y qué más?

—Me rogó que no hiciera caso de las habladurías, asegurándome que en su vida no había más mujeres que yo... Me suplicó que no me sintiera celosa y me prometió, asimismo, que pronto nos casaríamos. Dicho todo esto, estaba convencido, plenamente convencido, de que yo le amaba intensamente, y de que así sería hasta mi último aliento.

—¿Y así quedó la cosa? —quiso saber Dennis Barsson.

—Sí —reconoció la muchacha—, pero no por lo que a usted pueda parecerle.

—No me parece nada.

—Di por buena su respuesta —prosiguió Deborah— porque al mirarle a los ojos, creí ver allí en el fondo de sus pupilas... —pero no

se decidió a concluir la frase.

—¿Qué creyó ver?

—Que era malo —habló finalmente—. Que tenía un alma terriblemente sinuosa y perversa... Que si me rebelaba a sus deseos, sería capaz de cualquier canallada, de cualquier monstruosidad... Debí extralimitarme al catalogarle de un modo tan riguroso, me hago cargo... Lamento no haber sido más generosa en mis apreciaciones, ya que el pobre Lukas ha muerto... Además, conmigo siempre había sido amable y cariñoso... A pesar de todo esto —añadió— reconozco que ahora me siento como liberada...

—Una extraña mezcla de sensaciones —convino Dennis.

—Sí, sí.

—Pero, ¿quién ha podido matarle de una forma tan escalofriante...? La autopsia ha indicado que le dieron veneno y que luego, ya muerto, fue colocado entre las llamas de la chimenea... Cuesta creer que una mente humana haya podido concebir tal fin para un semejante.

—No sé quién haya podido hacerlo —dijo Deborah—. Como ignoro, asimismo, quién pudo matar, violar y descuartizar a la pobre Carol... Debe tratarse de un loco.

—No me diga que desconfía de aquel demente que se escapó del manicomio.

—No, claro que no. En eso ya no piensa ni la policía. Ese loco, ahora, está encerrado, y bien encerrado, en el manicomio. Por lo que no ha podido ser él.

—Una circunstancia que al menos nos aclara algo, aunque no nos lleva a ninguna parte, A propósito —terció Dennis— será mejor que termine de ponerme al corriente de todo.

—¿Queda algo por explicar?

—Sí. Dígame quiénes viven en la casa de su tío.

—Se lo he dicho ya.

—No ha enumerado a la servidumbre. ¿De cuántos componentes consta?

—Desaparecida Carol, sólo han quedado tres sirvientes al servicio de mi tío. El mayordomo, que se llama David y...

—¿Hace mucho que trabaja en la casa de su tío? —le interrumpió Dennis Barsson.

—Más de quince años.

—Bien. Prosiga con los otros sirvientes.

—Son Janet y Eleanor, dos mujeres de la localidad, de mediana edad, muy trabajadoras, muy buenas personas. Pero, dígame, ¿es que está desconfiando de la servidumbre?

—No desconfío de nadie en particular, pero siempre es bueno no dejar hilos sueltos. Cuando se dejan los hilos sueltos —puntualizó— el cosido no queda seguro.

—Sí, claro.

—Para terminar, Deborah, ¿sabe a quién ha podido beneficiar la muerte de Carol?

—A nadie —le respuesta fue categórica.

—¿Y la muerte de su primo Lukas?

—Tampoco a nadie... —ahora, no obstante, la contestación no resultó tan firme.

—Económicamente hablando, ¿su muerte no ha beneficiado o puede beneficiar a alguien? —insistió.

—La fortuna de tío Stanley, en un principio, era para sus sobrinos, para nosotros cinco... Bueno, ahora para nosotros cuatro... Pero como acababa de hacer testamento y en ese testamento había desheredado a Lukas, ya se lo he contado... Así pues, su muerte no ha alterado nada las cosas. Nada en absoluto.

—Resulta extraño —comentó Dennis Barsson—. Las muertes violentas casi siempre benefician económicamente a alguien.

CAPITULO V

Había decidido acompañarla a la casa de su tío. Y no sólo eso, sino decir que era detective y que, con el permiso de todos ellos, se iba a quedar unos días, allí para intentar averiguar algo.

—¿No resultará arriesgado para usted, Dennis? —la muchacha temía, evidentemente, que pudiera sucederle algo malo.

—Yo soy el único en saber lo de esas cintas, lo del *cassette*... Eso es una buena baza a mi favor, pero ello a mi vez me obliga a arriesgarme un poco si resulta preciso, compréndalo. Pero no se preocupe, no me pasará nada.

—Recuerde que el asesino debe estar bajo ese techo.

—Al menos es ésta su sensación.

—No creo equivocarme.

—Yo tampoco creo que se equivoque. Pero hemos de encontrar pruebas, otra cosa no nos sirve.

—Sí, claro.

El viejo Stanley Burke recibió muy bien a Deborah y a su acompañante. Otro tanto puede decirse de Brian, Dianne y Andrea. Todos le recibieron con suma cordialidad.

Al decir Dennis Barsson cuál era su pretensión, siempre, claro está, que contara con el beneplácito del dueño de la casa, éste se apresuró a responderle que le parecía una idea estupenda que se quedara unos días con ellos.

—No tengo nada que objetar —repuso. Y añadió—: Haga y deshaga a su gusto. Tiene mi consentimiento.

—Muchas gracias.

—No me las dé, muchacho. Me ha caído usted bien. Su mentón denota gran energía y la manera con que mantiene erguida la cabeza invita a tenerle confianza. Es la clase de tipo que hace que uno se sienta protegido... Supongo —dijo, ahora dirigiéndose a Deborah— que es eso, o algo muy parecido, lo que debes experimentar tú.

—Sí, tío —asintió ella.

—¿Y eso es todo? —preguntó seguidamente. Y queriendo aclarar la situación—: Quiero decir si es sólo eso... ¿O acaso es tu nuevo novio?

—Es sólo un amigo —contestó Deborah.

—De momento al menos —intercaló sonriente Dennis—, no puedo enorgullecirme de otra cosa.

A partir de aquel momento la conversación se generalizó. El tema principal fue, por descontado, los hechos acaecidos. Aquellas dos horribles muertes que habían dejado estupefactos y estremecidos a todos los habitantes de aquella casa, sin excepción, incluido la servidumbre.

—De la que no podemos olvidarnos a la hora de sospechar—insinuó Dermis Barsson.

—No podemos, ni debemos, olvidarnos de nadie —dijo Brian.

—Pero lo mejor sería dar con un móvil —apuntó Dianne, cuyo rostro grueso y colorado se asemejaba tanto al de su hermano Brian—. Eso nos facilitaría el terreno a recorrer.

—Para empezar hay que hacerlo sin móvil —repuso Andrea—. Lo que no ha de resultar nada fácil, me hago cargo. Pero si usted tiene la profesión de detective...

Miró a Dennis Barsson, aunque él de detective no tenía nada. Pero había dicho que lo era y tenía que atenerse a las consecuencias. Por lo que dijo.

—Procuraré lucirme. Siempre, claro —añadió— que me facilitasen las cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Dianne.

—Me refiero —adujo— a que sean sinceros conmigo.

—¿Por qué no íbamos a serlo? —preguntó Andrea, que llevaba un vestido muy juvenil, como en realidad correspondía a su edad.

—Puede contar con nosotros —repuso el viejo Stanley Burke. Pero casi al acto corrigió—. Bueno, al menos puede contar conmigo.

Dio a entender, y bastante claramente por cierto, que él era el primero en desconfiar de los que le rodeaban. Por lo menos en desconfiar de uno de ellos.

—¿Le apetece un whisky? —le ofreció Brian.

—Gracias —contestó Dennis.

Y poco después, con la copa entre los dedos, jugueteaba con ella mientras observaba detenidamente a unos y a otros.

Prestó especial atención, por lo demás, al mayordomo. Algo le estaba diciendo que no era en modo alguno un personaje de aquella trama. Muy al contrario.

También prestó atención a Janet y Eleanor, las criadas. Pero a éstas las descartó en seguida de sus sospechas. Sus caras de buenas personas y su aspecto de pocas luces, avalaban, indudablemente, a favor de su inocencia.

—No tengo ni idea de quién pueda ser el asesino de Carol —dijo un rato después Andrea, la pequeña de la casa—. Pero en cuanto a quién pueda ser el asesino de Lukas, la cosa, cambia...

—¿Sí? —inquirió Dennis Barsson.

—Claro —sentenció la chiquilla—. Fue alguien que sabía que Lukas había ido a nuestra cabaña de! bosque. Sólo quien lo sabía pudo ir a su encuentro, hacerle regresar y... eliminarle.

—¿A qué cabaña se ha referido? —se interesó Dennis—, No sabía nada a este respecto.

—Tenemos una cabaña —dijo Deborah—, Me había olvidado de

hacérselo saber.

—Es lejos de aquí —apuntó Andrea—. Bueno, a unas diez millas de este lugar, hacia el norte. El día antes de su muerte, Lukas nos comunicó que iba a estar allí por espacio de unos días, pues necesitaba reflexionar y poner en orden sus ideas.

—Y cuando volvieron a verle, su cuerpo ardía en la chimenea, ¿no es eso?

—Exactamente —intervino Brian—. De lo que se deduce, en efecto, que el asesino sabía que Lukas había ido a la cabaña.

—A menos que Lukas cambiara de idea —apuntó Dennis Barsson esta posibilidad— y optara por regresar, sin que nadie le instara a hacerlo.

—También es posible —asintió Dianne.

—De todas formas —repuso el viejo Stanley Burke—, yo creo más en la teoría primeramente expuesta, esto es, en que el asesino fue a buscarle... Pero ¿quién pudo ser el asesino? Y en cuanto al asesino de Carol ¿qué...? ¿Se trata de una misma persona? Creo que son demasiados interrogantes bailoteando sobre nuestras cabezas. A menos que usted, señor Barsson, como detective que es, tenga más suspicacia que nosotros e incluso que la propia policía...

—Dando como buena la primera teoría, sabemos ya algo en concreto, que el asesino supo dónde hallar a Lukas. En una cabaña, en el bosque, a unas diez millas de aquí.

—Poco hemos adelantado con saber esto. Lukas dijo a todos que se iba a la cabaña —era Dianne la que había hablado.

—¿También lo dijo a la servidumbre? —inquirió Dennis Barsson, y seguía jugueteando con la copa de whisky, ahora ya vacía.

—Creo que David, el mayordomo —repuso Andrea— estaba sirviendo la mesa cuando...

—Sí, es cierto —asintió Dianne—. Estaba sirviendo la mesa. Ahora lo recuerdo perfectamente.

—Ahora también lo recuerdo yo —repuso a su vez Brian.

—¿Y bien...? —Preguntó el viejo Stanley Burke—. ¿Es que va a empezar a sospechar de nuestro leal y eficiente sirviente?

Más tarde, cuando se encontró a solas con quien creía que era un detective, el dueño de la casa le rogó que se le acercara. Y ya el joven cerca de él, le dijo, bajando la voz para no ser oído:

—No desconfíe de David. Créame, mi mayordomo no tiene nada que ver con lo sucedido.

—¿Tan convencido está de ello?

—Plenamente. Tanto... —y seguía con el tono sigiloso— que le ruego que dirija sus recelos en otra dirección.

—Un ruego un tanto insólito —convino Dennis Barsson.

—Es posible —admitió.

—Que debe tener algún sentido...

—No quisiera —reconoció el viejo Stanley Burke— que David pudiera verse envuelto en algún lío.

—Si es inocente no debe temer nada. Pero usted parece opinar lo contrario...

—Déjele al margen de estas muertes —insistió—. David no es el asesino. Podría jurarlo.

—Si tan firmemente podría jurarlo es que sabe... o cree saber ya, quién es el verdadero culpable.

—Se equivoca, no lo sé. Pero David es inocente, se lo repito. Tanto como pueda serlo yo mismo.

* * *

Le destinaron una habitación bastante grande, amueblada con decoro. La cama era de matrimonio y blanda. El arma rio hubiera dado cabida a una buena cantidad de trajes. La ventana se orientaba hacia el mediodía.

Allí se permitió reflexionar sobre todo lo hablado con anterioridad.

No sacó conclusiones precipitadas. Quería ir hacia adelante con pasos cautos, precavidos.

Algo, empero, le hacía dar vueltas a una misma idea. Esto es, a lo que el viejo Stanley Burke le había dicho: «David es inocente, se lo aseguro. Tanto como pueda serlo yo mismo.»

Pero ¿acaso no podía ser el propio dueño de la casa el asesino de Lukas?

No había que descartar tal posibilidad. Todas las posibilidades había que aceptarlas, aunque sólo fueran como tales.

Pero no siguió con sus cavilaciones. Oyó que alguien llamaba a su puerta con los nudillos.

Se extrañó.

Era ya más de media noche.

Sin embargo, se dirigió a la puerta y abrió. Quedando un poco sorprendido, desde luego, al ver que era Deborah quien estaba allí.

—¿Usted?

—¿Puedo pasar? —preguntó la muchacha a su vez.

—Encantado...

Como sea que la mirara de una forma hartamente mal intencionada, la muchacha se ruborizó. Lo que no había de impedir decirle:

—No se haga ilusiones. Sólo vengo a... hablar de esos crímenes.

—¡Qué lástima! —bromeó—. Había creído por un momento que muerta de amor por mí...

—Ande, déjese de tonterías. Y escúcheme, tengo que contarle algo importante. Algo que me olvidé de referirle el otro día en la terraza de mi apartamento.

Habiendo cerrado la puerta, ya sin que nadie pudiera oírles, Deborah empezó a decir:

—Cuando yo era una niña estuve a punto de morir ahogada. Caí al río, y como bajaba con mucha corriente, me vi arrastrada por las aguas.

—Por lo guapa que está ahora —bromeó Dennis— presumo que sabía nadar.

—No, no sabía —dijo Deborah.

—Pero alguien estaría con usted y la salvó, ¿no es eso?

—Estaba con tío Stanley, habíamos salido juntos a dar un paseo, pero mi tío tampoco sabía nadar...

—¿Entonces? —preguntó.

—Una persona acababa de salir de ese edificio, rodeado de un alto muro, que hay cerca de aquí...

—¿El manicomio?

—Exactamente. Acababa de salir de allí, ya curado. Al oírme gritar, se lanzó al río y me rescató de la corriente. Un minuto de demora y todo hubiera sido tarde para mí. Esa persona —puntualizó la muchacha— era David.

—No me diga...

—Debido al susto, tío Stanley sufrió un ataque cardíaco, del que, afortunadamente, se restableció pronto. A partir de entonces, sin embargo, quedó enfermo. Una lesión de corazón —añadió Deborah— que le ha obligado a cuidarse mucho. Y más va a tener que hacerlo de ahora en adelante, pues hará unas semanas se encontró peor, fue al doctor y éste diagnosticó una gravedad extrema.

—Le suponía bien de salud.

—Su aspecto no es malo, hay que reconocerlo. No obstante, todos, e incluso él mismo, sabemos que un disgusto serio, o medianamente serio, puede llevarle directamente al cementerio.

—Pues el aire que se respira en esta casa no me parece muy idóneo para él.

—Desde luego, el ambiente que se respira aquí no contribuye nada a... —levantó sus ojos hacia Dennis Barsson—. Por eso vengo a suplicarle encarecidamente que no dirija sus sospechas hacia David, nuestro mayordomo. Tío Stanley me ha contado lo que hablaron y... Francamente, tío Stanley sufriría mucho si David se viera envuelto...

—Creo empezar a comprenderla.

—Cuando me salvó, David acababa de salir del manicomio. Se disponía a buscar trabajo, pero la verdad es que no estaba muy seguro de encontrarlo. Tío Stanley se lo facilitó, ¡se sentía tan agradecido porque había arriesgado su vida por mí! Desde entonces, David es el mayordomo de la casa.

—Sigo comprendiéndola.

—Hágase cargo, si las sospechas de esos crímenes recayeran en él, podríamos ocasionarle un trauma irreparable, y es esto lo que tío Stanley quiere evitar. David, no sólo se portó bien en aquella ocasión, sino que ha demostrado, a lo largo de más de quince años, que es una excelente persona. Así pues, por el bien de los dos, de mi tío Stanley que está enfermo del corazón y de David, el mayordomo, yo le ruego que, hasta donde le sea posible, se abstenga de...

—Lo haré —prometió Dennis Barsson—. No es mi intención plantearles problemas. A menos, claro está, que resulte imprescindible.

—Se lo agradezco. Ya sabía yo —sonrió Deborah— que se haría cargo —y ampliando su sonrisa—. Fue un buen día para mí, señor Barsson, aquel en que le conocí.

—Agradecido a sus palabras, pero, por favor, si me llamo Dennis, ¿por qué no me llama así? Eso de señor Barsson me suena muy mal. Somos ya viejos amigos.

—De acuerdo, Dennis.

Apenas pronunció el nombre de él, se sintió entre sus brazos, aplastándola contra su pecho. Se le cortó la respiración.

—Tienes una boca preciosa —dijo él.

Y le dio un beso tan largo que Deborah creyó que no iba a acabar.

CAPITULO VI

Habían transcurrido dos días y todo seguía igual. Ni la policía había descubierto nada ni Dennis Barsson había avanzado en sus investigaciones.

Esto sí, Dennis había ido en diversas ocasiones hasta Rossenward, en cuya localidad estuvo conversando, y bastante largamente por cierto, con la posadera, una cuarentona que se esforzaba denodadamente por seguir tan lozana y apetitosa como en sus mejores tiempos.

Dennis no se había sentido atraído por sus encantos, que por descontado los tenía, sino por su charla. Era una mujer muy habladora, que conocía a todo el mundo. Y había aprovechado la circunstancia para hacerle una y cien preguntas. Aunque siempre haciéndoselas con tono superficial, como quien no da importancia a la cosa.

—Pobre Carol, pobre mujer... —dijo refiriéndose a la sirvienta— tuvo un final horrible. Usted la conocía, claro...

Y esperó a que la posadera hablara.

Desde luego no se hizo esperar.

—Claro que la conocí, ¡no la iba a conocer! Si su hija y yo, de pequeñas, jugábamos juntas. Aunque yo, claro está, era mucho más joven que ella... La pobre Carol era una bendita mujer, demasiado buena, mire lo que le digo... Por eso, creo yo, se excedió en la educación de su hija y luego ya se vio lo que pasó...

—¿Qué pasó? —preguntó Dennis.

—Envió a su hija a un colegio caro. Demasiado caro, no cabe dudarlo. Salió de allí convertida en una auténtica señorita.

—¿Eso es malo...? —quiso que ampliara el comentario.

—Es malo, sí —afirmó la posadera— cuando ello implica tener a menos a la propia madre. Resulta algo excesivamente doloroso y cruel.

—¿Ese fue su caso?

—Sí, sobre todo cuando conoció a un joven francés, de buena familia, con el que se casó. Entonces se avergonzó ya a las claras de su madre. ¿Sabe lo que hizo, la muy desgraciada? Apenas le nació su primer hijo, se marchó a Francia.

—Algo en cierto modo completamente lógico, me parece a mí, ya que él era francés.

—La hija ya no volvió nunca por aquí —puntualizó la posadera—. Quiso olvidarse, por lo visto, de que su madre existía.

—¿Usted cree...? —y de nuevo quedó a la espera de la respuesta.

—Lo creo. Y más que nunca ahora. Su madre murió asesinada, ¿no? Se llevó a cabo el entierro, ¿no? Sus restos mortales fueron enterrados

en el cementerio de esta localidad, Rossenward, ¿no? Pues bien, la hija no se ha dejado ver. Hasta el último instante, pues, ha menospreciado a su madre. Algo muy distinto hubiera sucedido —sentenció— de no haberla llevado a un colegio caro.

—Desde luego —convino Dennis— es un caso triste. Y dígame, usted que está tan bien enterada de todo, ¿qué opinión le merece David, el mayordomo de la casa?

—No sabría qué decirle —repuso la posadera— y eso que yo siempre suelo saber qué decir. Llegó no sé de dónde, eso siempre ha sido o ha parecido ser un secreto.

—¿Es persona de fiar?

—Habla poco, es difícil iniciar un diálogo con él. Pero en todo momento da la impresión de ser un hombre serio y honrado.

—En cuanto al dueño de la casa, creo que merece las simpatías de todos, ¿verdad? —de nuevo quedó a la espera de la respuesta.

—Si se refiere a sus sobrinos, la simpatía puede ser interesada. Es un hombre con una gran fortuna, sin hijos propios... Así pues, todo será para ellos. Ahora que ya no existe Lukas, que era el mayor, la fortuna será para los cuatro restantes... La señorita Deborah es como una sobrina más... Ahora bien, en cuanto a la natural simpatía de ese señor, tampoco creo que sea excesiva.

—¿No?

—No. Le encuentro demasiado severo, excesivamente rígido. De todos modos, no quiero hablar mal de él. Está muy enfermo del corazón y no creo que viva mucho. Menos aún —puntualizó— con los sustos y los malos ratos que está viviendo últimamente.

Dennis Barsson, por lo demás, había estado hablando con el grueso dueño del supermercado, y con el alto y delgado propietario del único cine que había por allí. También estuvo en la barra de un par de bares, entre los asiduos parroquianos. Siempre hablando.

No debió enterarse de nada importante. Pero si se encerró no dijo nada a nadie, ni siquiera a Deborah Romanns.

Aquella mañana, sin embargo, al regresar una vez más de Rossenward y encontrar a Deborah en la explanada que había ante la casa, la cogió por el brazo y le dijo:

—Creo que he averiguado algo. Por primera vez, creo haber averiguado algo... —pero no le explicó de qué se trataba. Luego preguntó—: eso de que David estuvo recluido en el manicomio, ¿era un secreto para Lukas?

—No —contestó la muchacha—. Lo sabía.

—¿Y es un secreto para Brian, Dianne y Andrea?

—Tampoco. Lo saben.

—Pero ninguno ha hecho mención de ello a la policía —recalcó Dennis—. Y puesto que la policía busca a un loco, resulta un poco

insólito el callar, ¿no lo cree así?

—Mis primos saben que tío Stanley no quiere que se sepa. Como lo sé yo. Por eso ellos y yo hemos callado.

—Una postura en cierto modo lógica, siempre y cuando, ellos y usted, Deborah, crean firmemente que su mayordomo no es el asesino. Porque han de creerlo muy firmemente para no caer en la tentación de hablar con la policía y exponer lo que es, pese a todo, un hecho incuestionable.

—Yo debo la vida a David —dijo la muchacha—. ¿Sería honrado que ahora le pagara de una forma tan ingrata? Creo sinceramente que no.

—¿Y bien, Dianne y Andrea? ¿También tienen alguna deuda con él...? —inquirió.

—Se lo he dicho ya —replicó la muchacha—. Tío Stanley no quiere que se sepa y a Brian, Dianne y Andrea les basta y íes sobra saber eso para...

—¿Dónde está, exactamente, el motivo de tanta obediencia, de tanta docilidad? Supongo que en la fortuna de su tío, ¿verdad?

—Mi tío es muy rico, sí, en efecto. .

—Y llevarle la contraria sería, posiblemente, arriesgarse a sufrir las consecuencias de su cólera, ¿no?

—Sí.

—Como le sucedió a su primo Lukas, que fue desheredado por llevar una vida demasiado alegre.

—Algo así.

—Entonces, debo comprender que su tío Stanley, merced a su dinero, lleva las riendas de esta casa y que, en resumidas cuentas, es obedecido por todos.

—Por Lukas no. So era.

—Pero Lukas murió envenenado y luego su cuerpo fue consumido por las llamas de la chimenea. Sólo su rostro quedó ileso, para que, sin lugar a dudas, pudiera saberse que en realidad era él. Ahora sólo queda, en buena lógica, hablar, o mejor dicho, sospechar de Brian, Dianne y Andrea.

—Me cuesta dudar de ellos —vaciló la muchacha— de niños hemos jugado juntos, nos hemos querido como verdaderos hermanos, pero comprendo, dadas las circunstancias...

—Si el asesino vive bajo el techo de esta casa, si su sensación no está equivocada, no queda otro remedio que dudar de ellos —pero Dennis añadió—: A menos que volvamos a lo de antes, a desconfiar de David. Aunque, claro, puestos a desconfiar también podríamos hacerlo de su tío Stanley.

—¿De mi tío? —se escandalizó Deborah.

—Es un personaje más en esta historia de terror, donde queda

perfectamente demostrado que la muerte sabe su oficio, ¿no?

—¿Por qué iba mi tío a matar a Carol, a violarla, y luego...? Oiga, dése cuenta que eso de violar no va con la edad de mi tío... Su teoría se viene, pues, abajo.

—Pudo matar a Lukas —volvió a la carga, luego de sonreír levemente tras los acertados razonamientos de la muchacha.

—Mi tío quería a Lukas, tanto como pueda querer a sus otros sobrinos.

—Pero le había desheredado.

—Sólo para asustarle, para hacerle reaccionar. Sólo para eso, estoy convencida de ello. Y hubiera rectificado nuevamente su testamento, en seguida, así que Lukas se hubiera vuelto un poco formal. Pero, bueno, dígame qué es lo que cree haber averiguado...

—El nombre de una corista.

—¿Una corista?

—Lukas la trataba muy íntimamente. He estado en Rossenward y la posadera me ha facilitado su nombre y dirección.

En efecto, refiriéndose a Lukas Burke y hablando de su vida más o menos sentimental, había conseguido sacar tal confianza a la posadera.

—¿Y eso es importante? —preguntó Deborah.

—Puede serlo.

—No sé en qué medida.

—Vamos un poco despistados, ¿no cree, Deborah? Por lo que no podemos permitirnos el lujo de desaprovechar ningún detalle por pequeño y superfluo que éste pueda parecernos.

—Posiblemente tiene razón. ¿Y va a ir pronto a hablar con esa corista?

—Mañana.

—¿Vive lejos?

—En Londres. Pero tardaré en regresar un par de días. Tengo que investigar unas cuantas cosas más. Supongo que usted se quedará aquí.

—Haré lo que usted me diga.

—Creo que es preferible que no vuelva de momento por su apartamento.

—De acuerdo. Así lo haré.

* * *

Parecía que el día iba a concluir sin más novedades.

Simple apreciación.

Había de pasar algo espantoso. Por lo que de nuevo iban a quedar horrorizados y estremecidos los habitantes de la casa.

Hubo una nueva víctima, quien salió sigilosamente por la puerta de

la vida y pasó inexorablemente a través de la puerta de la muerte.

Resultó, en resumidas cuentas, que la muchacha se separó de Dennis Barsson y se dirigió a su habitación. Quería retocarse un poco el maquillaje.

De pronto, estando sentada en el taburete, ante el ovalado espejo de su tocador, se quedó envarada, de una pieza. Si le hubieran pinchado ni se hubiera dado cuenta.

Acababa de ver, a través del espejo, lo que había encima de su mesita de noche. Su radio portátil.

¡La radio que había dejado en su apartamento!

No gritó. Ni voz debió quedarle para eso.

Luego, cuando consiguió recuperar el movimiento, se levantó lentamente, se puso en pie y salió de la estancia.

Fue en busca de Dennis, a quien encontró en el mismo vestíbulo. Entonces, sí, se echó en sus brazos gimoteando. Ya no podía más con sus nervios. Estaban rotos. Totalmente rotos.

—¿Qué le sucede? —preguntó él, no desaprovechando la ocasión de aprisionar contra el suyo aquel cuerpo tan cálido.

—La radio está aquí, en mi habitación. Me refiero a la radio portátil que tengo en mi apartamento... ¡Alguien la ha traído! —y aumentó su gimoteo.

—Quien haya hecho eso —dijo Dennis Barsson— es el asesino. Lógicamente no puede ser otro.

—Eso he pensado yo.

—Por lo demás, resulta inevitable suponer que si se ha molestado en traer la radio, es, ni más ni menos, para... —se detuvo.

La muchacha no intercaló palabra alguna, demasiado asustada para así hacerlo. Por lo que fue él quien prosiguió:

—...para facilitarnos una nueva información. Debe haber colocado una nueva cinta en el «cassette».

—Sí, sí, eso supongo... —musitó ella.

—Subamos —dijo Dennis—. Lo que sea que nos diga el asesino por mediación de esa falsa locutora, nos interesa saberlo. Nos interesa sobremanera.

—Sí, sí —volvió a asentir.

Pocos minutos después estaban en el dormitorio de Deborah. Los dos solos, pues los demás componentes de la familia no habían llegado a enterarse de lo sucedido. Ellos por su parte, por descontado, tampoco habían tenido el menor empeño en decirlo a nadie. Preferible así.

—Aquí está, sobre la mesita de noche —indicó la muchacha, haciendo un gesto con la mano, con el pulso muy alterado.

Dennis volvió a mirar hacia la puerta, asegurándose de que había quedado bien cerrada. Luego puso en funcionamiento la radio.

Apenas lo hizo, salió la voz de la locutora. La misma voz de otras veces. Evidentemente la misma.

«Servicio de Urgencia... Se ruega a la señorita Romanns, Deborah Romanns, que actualmente se encuentra en la casa de su tío, en las afueras de Rossenward, se persone con la máxima urgencia posible en su apartamento de la ciudad. Se trata de un asunto de vida o muerte.»

—¡Oh, Dennis! —y Ía muchacha, temblorosa, buscó de nuevo el cobijo de los brazos varoniles.

Brazos que intentaron mitigar su temblor, su desasosiego. Lo que no consiguieron del todo, pues sucedió lo que ya era inevitable. La voz de la locutora siguió dejándose oír, en esta ocasión repitiendo:

«Se trata de un asunto de vida o muerte. La pequeña Andrea va a ser asesinada. A menos que la susodicha señorita Deborah Romanns se persone en tal lugar con prontitud, los hechos no podrán evitarse.»

—¡Corramos! —exclamó Dennis Barsson—, ¡Quizá aún lleguemos a tiempo! —y cogió a la muchacha de una mano, tirando de ella.

Consiguieron salir de la casa sin que nadie les preguntara nada. Tampoco nadie les vio, a no ser el mayordomo, que se quedó un poco perplejo al verles bajar la escalera de aquella manera tan atropellada.

Ya al volante de su coche, con Deborah a su lado, el joven le dio al acelerador como si pretendiera, en verdad, convertir su vehículo en un auténtico bólido.

—Si vamos muy aprisa, quizá aún no sea tarde —dijo—. Aunque mucho me temo...

Sus temores, compartidos por la muchacha, desgraciadamente habían de verse realizados.

Llegaron tarde.

Lamentablemente tarde.

Por eso, Deborah gritó como una alucinada, como una posesa, cuando, luego de abrir la puerta de su apartamento y adentrarse en el mismo, topó con el casi infantil cuerpo de

Andrea.

La encontró caída en el suelo, entre el sofá y un sillón, sobre la roja alfombra.

Los oscuros hematomas de su garganta, de su cuello, delataban bien a las claras que había muerto estrangulada. Pero el asesino no se había

conformado con eso y le había arrancado los ojos, metiéndoselos luego en la boca, entre los dientes.

Deborah sintió que el estómago se le revolvía. Le dieron ganas de vomitar.

Los dientes de Andrea daban la sensación de no haber querido abrirse para dar cabida a tan horrenda y espeluznante comida.

—¡Oh, es espantoso! —Sollozó la muchacha—. Pobre Andrea...

—Está completamente fría —dijo Denis, tras percatarse de tal circunstancia—. Hace ya varias horas que está muerta —y sin más—. Avisaremos ahora mismo a la policía, y no sólo eso, diremos también lo de las cintas, lo del «cassette». Ha llegado el momento de no callar nada. Todo se ha complicado ya demasiado.

—Soy de su mismo parecer.

—No debe temer nada —y esta vez, Dennis Barsson la estrechó entre sus brazos, protectoramente, sin esperar a que la muchacha buscara cobijo en ellos—. No ha de sucederle nada malo. Yo no me separaré de su lado.

CAPITULO VII

La policía les acosó a preguntas y más preguntas. Les extrañaba sobremanera que no les hubieran puesto al corriente, ya la primera vez, de la voz que salió de la radio, con su siniestro y macabro mensaje.

—Me asusté, y creí que sería mejor callar —contestó Deborah una y otra vez—. Esto es todo, no tienen que darle más vueltas al asunto.

—¿Y usted? —le preguntaron a Dennis Barsson.

—El mensaje iba dirigido a ella —contestó él— y yo tengo por norma no meterme en los asuntos de los demás.

Mejor o peor, ambos consiguieron finalmente que los dejaran tranquilos. Lo que bien mirado no era pedir poco.

Pero entonces, para Dennis Barsson, empezó el verdadero trabajo. Es decir, el afanarse por encontrar una solución a aquel problema.

Tenía que darse prisa. No se fiaba mucho de la eficacia de la policía y por lo demás se fiaba poquísimamente de las intenciones del asesino.

Pero, ¿cuáles debían ser, exactamente, las intenciones del asesino? Para saber eso, claro, antes había que saber quién era éste...

De eso se trataba. De averiguarlo. Cuanto antes mejor. Sobre todo ahora que, diciendo lo de las cintas, lo del «cassette», Deborah se había metido en el asunto hasta el cuello. Aunque ya debía estar metida hasta allí, puesto que era evidentemente el propio asesino, no otra persona, quien había dejado aquellos dos mensajes en su apartamento, convirtiéndola, desde ese mismo momento, en una de las principales protagonistas de la historia. Luego, el otro mensaje, en la casa de su tío. Qué duda cabe, el asesino se dirigía siempre a ella. Por algo concreto sería.

Lo dicho, se trataba de dar con la solución a marchas forzadas. Lo más rápidamente posible. Urgía hacerlo.

Sin embargo, ¿por dónde empezar...? ¡Ah, sí!, por dialogar con la corista. Era un modo como otro de hacerlo, ¿no?

Pero antes se dedicaría a hablar un poco con los de la casa. Quizá tuviera al alcance de la mano lo que estaba dispuesto a buscar en otros derroteros. Tal vez tenía la pista mucho más cerca de lo que creía.

Allí estaba el viejo Stanley Burke, Brian y Dianne. Los tres a su disposición.

—Señor Burke... —se había acercado a su sillón de orejeras.

No le oyó. No se dio cuenta de que se había colocado a su lado. Tenía la mirada obstinadamente clavada en las llamas de la chimenea. Debía estar recordando todo el horror vivido días antes, cuando encontraron allí, quemándose, el cuerpo de Lukas.

—Señor Burke —repitió.

—¡Ah!, ¿es usted?, perdone —al mirarle se esforzó por suavizar la dura expresión de sus ojos y por hacer desaparecer las sombrías arrugas de su frente.

—¿No sospecha de nadie? —Le preguntó Dennis Barsson—. ¿Todavía no...?

—Sigo sin saber qué pensar —repuso el viejo Stanley—. Sin embargo, confieso haber llegado ya a una conclusión.

—¿Puede saberse cuál es?

—¿Por qué no...?

—Le escucho.

—El asesino —dijo— no sólo pretende matar uno a uno a mis sobrinos, sino que al mismo tiempo pretende eliminarme» a mí. Sabe que estoy enfermo del corazón, por lo que debe pensar que actuando como lo hace, me quitará de en medio sin tener que esforzarse personalmente en otro sentido...

—Pero, ¿con qué finalidad el asesino puede querer eliminar a sus sobrinos, uno a uno como usted dice...? Y a usted mismo, ¿por qué?

El viejo Stanley Burke bajó la voz, que la hizo apenas audible para su interlocutor. Con la evidente pretensión, desde luego, de que no pudiera oírle nadie más.

—El asesino desea matar a todos mis sobrinos, menos a uno... Menos a uno, porque ese uno será el propio asesino. Sí, el que quede con vida será... el responsable de esas muertes, no lo dude. Pero yo no creo que lo vea. Con franqueza se lo digo, mi corazón está haciendo mucho el tonto últimamente. Tomo la medicina adecuada, pero ni aun así. Cuando menos lo espere... En cuanto a por qué el asesino pretende matarme a mí —siguió diciendo— los motivos son obvios. Soy muy rico y si sólo me quedara un sobrino, éste lo heredaría todo.

—Quizá se precipita en sus deducciones —repuso Dennis Barsson—. Por qué si es así, ¿qué tiene que ver en todo esto la muerte de Carol? No encaja.

—Esto es cierto —admitió—, no encaja. A menos que yo esté ya muy viejo y los detalles reveladores se me escapan.

—Entonces, en conclusión —remachó el joven—, usted sospecha ahora de uno de sus dos sobrinos...

—De uno de mis tres sobrinos —le corrigió el viejo Stanley Burke—. Porque para todos los efectos, son tres, Brian, Dianne y Deborah...

—¿Deborah? —se asombró.

—Si sospechamos de Brian y de Dianne, ¿por qué no de ella también? No sería justo excluirla por el mero hecho de ser la más guapa.

—No, supongo que no —admitió Dennis Barsson.

—Ni porque le guste a usted —añadió.

—¿Cómo...?

—Ni porque le guste a usted —repitió.

Dicho lo cual, el viejo Stanley Burke volvió a dirigir su mirada hacia la chimenea, hacia sus crepitantes llamas. Y allí la dejó, dura, obstinada, mientras volvía a llenarse su frente de sombrías arrugas,

Dennis esperó a que volviera a dirigir hacia él su mirada, pero al ver que la dejaba clavada entre los troncos encendidos, entre sus ardorosas brasas, creyó preferible "no molestarle más.

Se alejó de allí, mirando a los demás. Y como sea que Deborah estaba hablando con Dianne, pensó que era el momento adecuado de dirigirse a Brian.

Pero no fue preciso que improvisara frase alguna. Fue el propio Brian quien a su vez se acercó a él.

—¿De qué estaban hablando? —Quiso saber—, Yo conozco a mi tío, y cuando pone esa cara... —pero no terminó la frase.

Brian se hallaba sumamente alterado. En realidad, le sobraban motivos para ello. En pocos días había perdido a dos hermanos. Primeramente a Lukas. Luego a la pequeña Andrea. Resultaba horrible, espantoso.

Además, resultaba forzoso que estuviera pensando que ahora, tal vez, le tocara a él... Bien pudiera ser,

—¿Está asustado? —le preguntó Dennis Barsson en lugar de responder a su pregunta.

—Sí —reconoció—, lo estoy. No termino de explicarme lo que pasa. Es todo tan espeluznante y a la vez tan sin lógica...

—Pues yo creo —opinó— que la lógica debe existir, aunque nosotros no sepamos dar con ella. El asesino actúa por algo concreto...

—Posiblemente por el dinero de tío Stanley— y también Brian, ahora, bajó mucho la voz. Por lo visto todos querían hacerle partícipe de sus temores, de sus sospechas, pero sin que se enteraran los demás.

—Si es por ese dinero, ello significa que el asesino es uno de ustedes tres. O Dianne, o Deborah, o usted...

—Naturalmente —admitió, muy nervioso. Pero había de añadir casi al acto—: pero como yo sé que yo no soy, los sospechosos para mí se resumen a dos.

—Dianne o Deborah.

—Exactamente.

—No tienen aspecto de ser lo que usted dice.

—¿Acaso tengo yo aspecto de eso?

—Tampoco. Pero, claro, resultaría peregrino que a estas alturas nos fiáramos de las apariencias.

—Soy de su opinión. Encuentro completamente razonable lo que me dice. Lo que no encuentro tan razonable —hizo constar— es que...

—¿Qué? —preguntó Dennis.

—Que nadie mencione a David, nuestro mayordomo —su nerviosismo iba en aumento—. Estuvo internado en un manicomio durante varios años. Supongo que Deborah debe habérselo contado.

—Sí.

—Dadas las circunstancias, lo normal es que pensemos en él como en un posible culpable...

—David no tiene que heredar nada de Stanley Burke.

—No, pero estuvo loco...

—Un dato a considerar, por descontado que sí.

Pasado un rato, Dennis Barsson pudo acercarse a Dianne, alta, gruesa, colorada de cara. Más colorada de cara que nunca.

—Mi hermano está muy nervioso, no puede disimularlo —dijo.

—Después de todo lo que ha sucedido, a mí no me extraña nada que sea ése su estado de ánimo.

—A mí tampoco. Pero he querido decir, que tiene miedo y que no acierta a ocultarlo, a menos a mis ojos. Yo le conozco bien.

—Parece decirlo con cierto retintín... —hizo hincapié en la circunstancia, para ver así de estirar su locuacidad.

—Sí, en cierto modo, sí —admitió—. A mí nunca me ha gustado su carácter. No tengo nada malo que decir de él, en absoluto, pero yo hubiera preferido que fuera de otra manera.

—¿De qué manera?

—Más parecido a Lukas.

—¿Cómo era Lukas?

—Sabía lo que quería. Decía que no a mi tío siempre que le venía en gana. No se asustaba nunca.

—¿Y Brian no es así?

—En absoluto. No sabe lo que quiere, no ha dicho nunca que no a tío Stanley y se asusta en seguida... Ahora mismo, le están temblando las piernas. Pero no por lo que ha pasado —puntualizó—, sino por lo que puede pasar.

—¿Por lo que puede pasar...?

—Parecemos estar en una macabra fila. Ahora puede tocarle a él. O quién sabe, quizá me toque a mí.

—Pero a usted no le tiemblan las piernas.

—A Deborah tampoco.

Deborah Romans le había oído. Así que se acercó a ellos y respondió:

—A mí tampoco me tiemblan, porque a mi lado está él... —al decir esto, miró a Dennis Barsson.

—Muy romántico —sonrió forzosamente Dianne.

Al llegar la noche, Dennis Barsson se las ingenió para salir de las casa. Para salir de allí, pero para hacer creer a todos que se había retirado a descansar.

Una vez en el exterior, cruzó con rapidez la explanada que había frente a la casa y se internó entre la maleza. Había tanta maleza por aquellos alrededores, que en verdad pudo elegir donde hacerlo.

Y eligió el lugar más idóneo. Esto es, hizo suyo el punto de mira más estratégico, desde donde podía quedar, ayudado por la luz de la luna, perfectamente a la expectativa de lo que pudiera pasar.

Estaba casi seguro de que alguien saldría o entraría de la casa, y sin duda esa persona sería el asesino. Si salía, iría posiblemente en busca de su cómplice. Si entraba, en busca quizá de una nueva víctima.

Era una idea. Sólo eso.

Pero como de momento no tenía nada mejor de que echar mano...

En fin, se quedó dispuesto a esperar. Comprendía que aunque el asesino merodeara por allí, no sería en seguida, sino después, más tarde. Sin duda tomaría precauciones.

Desde luego, procuró estar quieto, para que si los ojos del asesino miraban por allí, no repararan en nada sospechoso. Pero la espera se estaba haciendo larga y de vez en cuando se veía forzado a cambiar de postura.

Lo hacía así, entre la maleza. Luego volvía a quedar inmóvil.

De pronto, le pareció captar una sombra, cerca de la casa, junto a la puerta de entrada. Pero se quedó sin saber si esa sombra entraba o salía. La verdad es que acababa de hacer acto de presencia, en medio de la oscuridad de la noche, de un modo un tanto insólito. O al menos esa sensación le causó a él.

Permaneció a la espera de ver lo que hacía esa sombra.

Una sombra recelosa, precavida, que por lo visto no quería hacer nada sin antes tener todas las garantías por delante.

De ello, sin duda, que al mirar en torno a la explanada, no quedara completamente tranquilo. Debió ver, o parecerle, que en determinado lugar la maleza se había movido más de la cuenta. Sobre todo teniendo en cuenta que la noche era bastante húmeda, pero que no hacía viento. Lo cierto es que ni la más leve ráfaga de aire agitaba el ambiente.

Por lo tanto, la sombra quedó envarada, sin saber, en principio, qué hacer.

Posiblemente pensó en desaparecer de allí, en dejar sus planes para otro instante. Pero Dennis Barsson, consciente de que ésa iba a ser su reacción, salió de un salto de entre la maleza y se lanzó en su persecución.

Una persecución tan rápida, tan veloz, que la sombra se quedó sin la oportunidad de huir.

Tuvo que hacer frente, pues, a la presencia del joven que había dicho ser detective y que, a juzgar por su decidida actitud, estaba dispuesto a demostrar que podía faltarle el carnet, pero no el valor.

La sombra, sin embargo, llevaba el rostro cubierto con una máscara. La cabeza de una calavera.

El cuerpo era de hombre. La estatura normal. La complexión, asimismo, normal. El traje oscuro. Esto es todo, en consecuencia, lo que Dennis Barsson pudo ver de buenas a primeras. Pero se propuso, claro está, darle la vuelta a la cuestión.

Quiso, empero, intentar el diálogo. Aunque sabía de antemano que su intento iba a resultar fallido. Si llevaba el rostro cubierto, eso demostraba, sin tener que profundizar en innecesarios análisis, que no deseaba ser reconocido. Y si no quería que se conociera su personalidad, mal iba a dejar oír el sonido de su voz. Hubiera sido delatarse del modo más tonto e ingenuo. No podía esperar tanto.

Sin embargo, lo intentó.

—¿Quién es usted? —fue la primera pregunta. Y sin más—: ¿Qué hace aquí a estas horas tan intempestivas? ¿Y qué significa esa máscara que le cubre el rostro? ¿Acaso quiere asustar a ¡os fantasmas de esta casa, si es que los hay?

Esperó la respuesta. Esperó en vano.

Entonces, Dennis Barsson se decidió a algo concreto, efectivo. De eso que avanzara hacia el desconocido, el cual, por su parte, había retrocedido un par de pasos.

Estaba dispuesto a cogerle por las solapas, a zarandearle, a pegarle, a lo que fuera preciso, y luego a arrancarle aquella máscara. ¡Tenía que verle la cara!

Pero no pudo salirse con la suya, pues su adversario, que hasta entonces mostrara una actitud pasiva, indecisa incluso, de pronto echó a correr. Huyó de allí, a través de la explanada, con toda la ligereza que pudo imprimir a sus piernas. Que por cierto era bastante.

Dennis, no obstante, se lanzó tras él tan rápidamente, con zancadas tan veloces, que no cabía más que un resultado, que antes o después le diera alcance.

Le dio alcance, en efecto, cuando apenas habían dejado atrás la explanada y empezaron a adentrarse entre la maleza. Pero en seguida tuvo que soltarle, pues su adversario le propinó un furibundo y rabioso puñetazo.

Dennis Barsson se tambaleó, pero sólo eso. Por lo demás, se lanzó al contraataque con la velocidad de un rayo. A su vez propinó un derechazo demoledor sobre la mandíbula de su adversario.

Este no se limitó a tambalearse, sino que cayó al suelo. De espaldas.

Sobre él, entonces, se abalanzó Dennis Barsson, decidido a quitar de aquel rostro la máscara. Una grotesca y macabra cabeza de calavera.

Pero el asesino le recibió como lo que era, un asesino... Con un afilado cuchillo en la mano, dispuesto a quitarle de en medio antes de que fuera tarde.

Dennis quiso esquivar la hoja. No pudo hacerlo. En parte sí lo logró, ya que el cuchillo llevaba intenciones contundentes y definitivas. Pero, de todas formas, no pudo evitar que le rasgara un brazo y que la sangre empezara a fluir con rapidez.

Lo que le impidió lanzarse de nuevo al ataque, a pesar de que su enemigo, claro está, seguía teniendo en sus manos, y nunca mejor dicho, la ventaja de aquel cuchillo.

El hombre de la máscara parecía más asustado que su indefenso atacante. A pesar de la superioridad que le confería el cuchillo, no terminaba de ver clara la situación. Esto resultaba evidente.

Debía ser, que la alta estatura de Dennis Barsson y su complexión atlética, le hacían temer por su propia seguridad.

No obstante, él tenía el arma, así que en buena lógica no debía asustarse. En cuanto le atacara de nuevo, intentaría un golpe mortal.

Pero Dennis Barsson no era tonto, ni torpe, y la ocasión de herirle no volvió a brindársela. Pudo herirle la primera vez, porque fue de forma inesperada y en cierto modo a traición, pero ahora ya no.

Darse cuenta de eso empezó a poner nervioso al intruso. Lo único que le tranquilizaba algo, era darse cuenta de que el brazo herido molestaba a su rival y de que cada vez sangraba más.

Pero ni aún así, Dennis estaba dispuesto a cejar. Ni hablar de eso. No se dejaría escapar aquella inmejorable oportunidad.

Sin embargo, sucedió entonces lo que menos podía esperarse. Apareció junto a ellos un nuevo personaje.

Al que Dennis Barsson reconoció en seguida. Se trataba de la posadera de la localidad, esa guapa cuarentona que le había hablado de la vida y milagros de unos y otros.

—¿Qué sucede aquí...? —Inquirió ella, con los ojos muy abiertos por el asombro—. Si es usted, el forastero... ¿Y esa máscara? ¿Y ese cuchillo? ¡Oh, Dios, y se están peleando!

Viendo que Dennis Barsson estaba dispuesto a seguir haciéndolo, intentó impedirlo. No sabía lo que pasaba, ni a qué se debía aquella al parecer absurda y ridícula situación, pero quiso evitarla. Había visto la herida en el brazo de Dennis y se había percatado de su evidente desventaja en aquella lucha, y no, no quiso que la cosa siguiera adelante.

—Déjele..., déjele... —le instó, y casi se interpuso entre los dos hombres.

La ocasión del asesino era única para huir, para escapar. Si la desaprovechaba, quizá no volviera a presentársele otra. No se lo pensó dos veces. Echó a correr con todas sus fuerzas. Se llevó su máscara, que debido a la pelea se le había movido en exceso. Aun así, sus facciones no habían quedado al descubierto.

Dennis Barsson quiso desasirse de la mujer, pero ella se aferró a su

cuerpo y le impidió perseguirle con la presteza que requería la situación. Perdidos unos instantes, comprendió que ya era tarde. Entonces se inmovilizó, respirando hondo.

—Le hubiera matado —dijo la posadera—, ¿Cómo ha podido ser tan insensato? El llevaba un cuchillo...

—Aún así —repuso Dennis Barsson— no me hubiera matado, yo me hubiera salido con la mía, consiguiendo arrancarle esa máscara que llevaba.

—¡Algo absurdo! ¿Por qué la llevaba puesta...?

La posadera no sabía nada. Ni entendía nada. Era lógico.

Como fuera, la posadera se preocupó en seguida por la herida de su brazo. No podía dejarle en aquel estado. Se iba a desangrar.

—Venga, venga... —le llevó algo más allá, donde la maleza dejaba espacio a una zona de verde y crecida hierba.

Una pequeña zona, pero que resultaba mucho más cómoda.

—Siéntese aquí, así... Yo le vendaré la herida...

Sentándose asimismo sobre la hierba, la posadera se quitó un pañuelo que llevaba anudado al cuello. Luego le ayudó a él a desprenderse de su americana, hecho lo cual le remangó la camisa.

Practicada ya la primera cura, ella le sonrió.

—Quiero creer que he sido su ángel bueno —le dijo.

—Sí, es posible que sí —asintió él. Luego había de preguntarle—: pero no comprendo, ¿cómo usted, a estas horas...?

—Se lo voy a explicar —la posadera entornó los ojos como si, por un instante, se ruborizara. Pero no era una mujer propensa al rubor y había de hacer constancia de ello al añadir—: estaba citada con un hombre, ¿sabe? Sin embargo, a medio camino me he arrepentido... No tengo nada de puritana, estoy acostumbrada a coger de la vida lo bueno que pueda ofrecerme. Bueno —añadió—: se trata de que acabo de darme cuenta de que ese hombre ya no me atrae...

—Comprendo —repuso Dennis.

—Tal vez —observó la posadera— porque a ese hombre le he comparado últimamente con otro...

—¿Con un nuevo admirador?

—Con un hombre joven, atractivo, viril, que conocí el otro día —apuntó con un gesto insinuante.

Acababa de hacer alusión a su persona. No podía ponerlo en duda. No sólo por su gesto, sino por el fulgor ardoroso y apasionado que salía de sus ojos.

—Pero me temo —agregó la posadera— haber pasado desapercibida para ese otro hombre. No se lo reprocho, es mucho más joven que yo... Sin embargo —y se acercó voluptuosamente a él—, yo sé complacer a los hombres. Estoy segura de que, si probara conmigo, acabaría sintiéndose muy bien servido.

Antes de que Dennis Barsson tuviera tiempo de reaccionar, pues en realidad aquello no se lo esperaba, ya ella se había desprendido de un par de prendas. E instantes después, el resto de su ropa había quedado asimismo fuera de su cuerpo.

Vio sus senos, voluminosos y bien formados, que subían y bajaban al compás de su ansiosa respiración. Reparó en sus caderas bien marcadas y en su fino talle. Dennis Barsson pensó que era una mujer nada despreciable y que era una pena que hubiera tanta oscuridad. Hubiera sido un placer contemplarla más detenidamente.

Pero también tenía un encanto especial el verla veladamente a la luz de la luna, mientras sentía su tibio calor pegado a su cuerpo. Porque la posadera se había apretujado contra él, diciéndole:

—Abráceme, hace mucha humedad...

Dennis no era hombre capaz de desairar a una mujer, y menos a una mujer atractiva, y la posadera lo era. Además, ahora le bastaba mirarla para convencerse de que era volcánica, voluptuosa, y de que a. su lado resultaría facilísimo pasar un buen rato. ¡Y puesto que en bandeja de plata se le servía el bocado...!

—Sus ruegos son órdenes para mí, la abrazo...

Ella le tendió los brazos alrededor del cuello, buscando ardorosamente su boca. Una boca que tenía que saber besar muy bien, ella entendía de eso.

Poco después, se revolcaban sobre la hierba, siendo ya sólo un hombre y una mujer entregados al goce sexual.

CAPITULO VIII

Cuando le dijo que iba a irse, Deborah no pudo disimular su contrariedad, su disgusto. De ello, sin duda, que le hiciera saber.

—Esperaba que se quedara conmigo. Me prometió que no se separaría de mi lado. ¿Acaso ya no lo recuerda?

—Antes de prometerle eso, le había dicho que tenía que ir a visitar a una corista, y a investigar unas cuantas cosas más. Debe ser comprensiva, Deborah.

—Sin usted voy a tener miedo.

—Si la dejo sola, es porque estoy convencido de que no va a sucederle nada malo.

—¿Qué ha querido decir? —le preguntó—. ¿Tal vez sabe ya quién...?

—Creo saberlo —contestó Dennis Barsson— si bien carezco de las pruebas precisas. Antes de ir a la policía, necesito encontrarlas. Por eso, muy a pesar mío, voy a dejarla.

—Pero, ¿quién es...? —insistió Deborah.

—Podría estar equivocado. No voy a ser tan pedante que, en cierto modo, no ponga en duda mi hipótesis. Así que es mejor que espere antes de hablar.

—Lo que usted considere más conveniente —acató Deborah. Y acto seguido—: Pero vuelva en cuanto le sea posible, se lo ruego.

—Le dije que estaría fuera un par de días, ¿no es eso? Pues le prometo que ni una hora más.

—De acuerdo. Sin embargo, ¿cómo es que va a necesitar dos días para localizar a esa corista? Sinceramente, lo encuentro excesivo. Vive en Londres, ¿no?

—Debo ir a otra parte —le comunicó.

—¿Adónde?

—No puedo decírselo... todavía. Todo eso forma parte de mi hipótesis, que a la hora de la verdad puede ser sólo un producto de mi imaginación.

—Ya veo que no quiere decirme nada. Bueno —respiró hondo—, me resigno.

Pocos minutos después, Dennis Barsson subía a su coche, maniobraba en la llave de contacto, le daba al acelerador y se alejaba de aquella casa, y de Rossenward.

Sin embargo, no llegó a Londres, sino un día y medio después.

¿Qué había hecho pues, durante aquellas últimas treinta y seis horas...?

Sólo él lo sabía.

Pero, bueno, ahora debía entregarse por entero a la tarea de

encontrar a esa corista. Se llamaba Susan Noonan.

Sabía su dirección. Por lo tanto, la tarea era sencilla. Pero cuando llegó allí, ella no estaba.

Por más que hizo sonar el timbre, nadie respondió a su llamada. No obstante, ante una buena propina, su vecina de rellano no tardó en decirle cuál era el local en que trabajaba.

El nuevo local, ya que últimamente había cambiado de empleo.

Se trataba de una sala de fiestas, no precisamente de lujo, ni muchísimo menos, donde las camareras iban casi, casi desnudas de talle para arriba. Afortunadamente la calefacción era decorosa y no pasaban frío.

Susan Noonan era pelirroja. Tenía un cuerpo bien formado y una cara bastante atractiva, donde resaltaban sus ojos verdes que recordaban los de una gata enfurruñada.

—¿Qué desea, señor? —fue precisamente ella la que se le acercó,

—Deseo hablar un poco con usted.

—Mi trabajo es servir a los clientes.

—Sólo dos palabras —y le deslizó un billete con discreción.

—¿De qué se trata? —ya más asequible, se ladeó un poco para que el dueño del establecimiento, desde detrás del mostrador, no viera que perdía el tiempo en parloteos.

—De Lukas Burke —le respondió.

—¿Qué pasa con él? ¿Algo malo...?

—Sí. Ha muerto.

—¿Cómo...? —se había quedado con la boca medio abierta.

—Asesinado.

—¡Oh!

—Sí, asesinado. Pero a lo que iba, ustedes fueron buenos amigos, ¿verdad? —inquirió Dennis Barsson.

—De eso hace mil años Bueno, supongo que no será usted policía. Los sabuesos me caen mal.

—No soy policía. Tranquila a! respecto. Oiga, ¿cuántos son mil años para usted?

—Cuatro meses.

—¿Y desde entonces no ha vuelto a verle?

—No. Igual que si la tierra se lo hubiera tragado. Francamente —se sinceró— nunca creí que pudiera llegar a comportarse de un modo así. Lo pasábamos bien juntos.

—Entonces era usted corista, ¿no es eso?

—Lo había sido hasta hacía muy poco. Pero por aquel entonces ya trabajaba aquí. La suerte, en vez de ayudarme, me había dado la espalda y había venido a parar a este lugar, de camarera. Ahora que no tengo a Lukas, me cito con algunos de estos clientes, claro, una tiene que vivir lo mejor que se pueda y con el mezquino sueldo que se

saca de este cuchitril hay para poco.

—Dígame, ¿notó algo extraño en Lukas Burke la última vez que le vio? Me refiero a si le vio asustado, o simplemente temeroso de algo o de alguien...

—Me pareció el de siempre. Aunque ahora que lo pienso mejor —reflexionó— estaba algo raro. Me sorprendió con tres o cuatro preguntas.

—¿Qué preguntas fueron ésas?

—¿Tanta importancia tienen para usted? —inquirió a su vez.

—La suficiente para que... —y le tendió un nuevo billete, que Susan Noonan, como el anterior, se metió en el minúsculo sujetador que le tapaba los pezones y un poquito más.

—Verá, me preguntó si Elisabeth era ciega de verdad...

—¿Elisabeth?

—La muchacha que está en la puerta, con una cinta alrededor del cuello y una bandeja entre las manos, vendiendo cigarrillos.

—¿Y es ciega de verdad? —quiso saber Dennis.

. —Sí.

—¿Y así se lo dijo usted a Lukas Burke?

—Claro.

—¿Y qué dijo él?

—Me preguntó dónde vivía y con quién. Esto me sorprendió bastante. ¿Para qué podía interesarle a él saber una cosa así? Como usted verá, esa muchacha carece de atractivos físicos, y si a eso añadimos su ceguera, no es precisamente, pues, ningún bombón.

Observó a la muchacha que vendía paquetes de cigarrillos, junto a la puerta de entrada. En efecto, era muy poco agraciada. Cualquiera allí valía más que ella.

—¿Y usted qué le respondió a Lukas Burke?

—Le dije la verdad, que vivía sola, en una habitación realquilada. Le di su dirección. Parecía querer saberla.

—¿Y qué más?

—Nada —dijo Susan Noonan—, Esto fue todo.

—Y desde entonces, lo dicho, no ha vuelto a ver a Lukas Burke.

—Eso es.

—Ni se había enterado de su muerte...

—No, no —y zanjó—. Bueno, ¿qué le sirvo?

—Nada —repuso Dennis Barsson, y se levantó de su asiento—. Adiós. Hasta otra ocasión.

Ya cerca de la puerta de salida, o de entrada, según como se mirara, se detuvo junto a la muchacha ciega que vendía paquetes de cigarrillos.

Se quedó mirándola un rato.

Un largo rato....

Estaba atando cabos. ¡Y tanto que sí!

* * *

En esta ocasión, el nuevo billete que sacó de su bolsillo fue a parar a una mujer gruesa, desgredada, que vestía una descolorida bata larga.

—Pregunte lo que sea —el billete recibido había suavizado su carácter, de ordinario muy propenso a no mostrarse amable con nadie.

—Tiene realquiladas varias habitaciones, ¿verdad? —preguntó Dennis Barsson.

—Sí. El piso, aunque viejo, es amplio, y eso me ha facilitado las cosas. De alguna manera tenía que seguir adelante. Hay que comer cada día.

—Entre sus realquiladas tiene usted, si no me han informado mal, a una muchacha ciega.

—Le han informado bien.

—Esa muchacha trabaja en una cafetería, vendiendo paquetes de cigarrillos.

—Sí.

—¿Y ese trabajo le da para vivir? Me refiero, a si es puntual pagándole a usted.

—Al principio me pagaba con retraso, cada vez con más retraso. Tanto es así, que me vi obligada a comunicarle que, o se ponía al día de una vez, o tendría que irse a otra parte. Ella se excusó, diciéndome que vendía muy pocos paquetes de cigarrillos y que apenas le quedaba ganancia, y que por lo demás, no podía en sus condiciones buscar otro trabajo, que bastante era que se hubiera apiadado de ella el dueño del local.

—¿Y usted?

—Le dije que se dejara de monsergas y que me pagara. Le di un plazo. De lo contrario la echaría de patitas a la calle. No por falta de corazón, pero, ya se lo he dicho a usted, hay que comer cada día.

Observando a aquella mujer, Dennis Barsson no pudo menos de pensar que, efectivamente, eso de comer no lo descuidaba. Todo lo contrario, lo tenía muy presente.

—¿Y cómo acabó la cosa? —le preguntó.

—Exactamente no lo sé... Bueno, sí lo sé.

—Explíquese mejor.

—Un día, al entrar en su habitación para arreglársela, la encontré con muchos billetes en la mano, tantos, que la verdad es que se me escapó un silbido. A ella le enojó mi presencia y me dijo que debía llamar antes de entrar. Yo me excusé, diciéndole que creía que había ya salido a su trabajo. En fin, lo cierto es que me pagó todos los retrasos y que a partir de ese día todo marcha sobre ruedas. No tengo queja de ella.

—¿No le dijo de qué tenía tanto dinero?

—Me aseguró que acababa de vender unas pulseras de oro que tenía, recuerdo de su madre. Pero comprendí que mentía. Lo comprendí claramente.

—¿Y qué dedujo?

—No sé —la mujer gorda novio dubitativamente la cabeza—, Pero para mí, esos billetes tenían algo que ver con el hombre que vino a verla unos días antes.

—¿Cómo era ese hombre?

—Normal.

—¿Joven.,,?

—No me fijé bien —repuso, tras pensárselo un poco—. Más o menos.

—¿Iba bien vestido?

—Creo que sí —asintió.

—¿Moreno, rubio...?

—No sabría decirle. ¡Soy tan mal fisionomista!

—¿Y no ha vuelto?

—No. Nunca más —esta vez la respuesta sí fue concreta y categórica.

CAPITULO IX

Cuando llegó a la casa situada en las afueras de Rossenward, había ya oscurecido.

Detuvo el coche en la explanada, apagó las luces y luego se apeó, cerrando la portezuela de un golpe.

Instantes después, se disponía a llamar.

Pero no lo hizo. Antes de hacerlo, la puerta se le abrió.

—Buenas noches, señor —le saludó el mayordomo, haciéndole una respetuosa inclinación de cabeza.

—Buenas noches —contestó.

Se disponía a pasar de largo, hacia la sala de billar, cuando le detuvieron estas palabras:

—Por favor, señor Barsson, concédame un minuto.

Se plantó en el amplio vestíbulo, mirando interrogativamente al sirviente. Como si le sorprendiera verse interpelado de aquella forma.

Pero no le sorprendía en absoluto. Puede decirse que estaba esperando que semejante cosa sucediera.

—Dígame, David.

—Se trata de lo que ha sucedido... —empezó a decir.

—Le escucho.

Sólo pronunció estas dos palabras, y quedó a la espera de lo que el sirviente siguiera diciendo,

—Me estoy refiriendo a esas tres horribles muertes —puntualizó. Y luego dijo—; usted investiga los hechos e intenta dar con el asesino, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues yo debo poner en su conocimiento un hecho que ignora. Seguir callando sería impropio por mi parte.

—¿Sí...?

—He debido decirlo a la policía, me hago cargo, pero lo cierto es que no me he atrevido. Con usted es distinto, me inspira confianza. Plena confianza.

—Gracias.

—Lo que voy a decirle, no es en realidad nada nuevo. En esta casa lo saben todos —aclaró— lo callan a sabiendas. La verdad es que unos y otros me encubren, comportamiento que sinceramente me emociona. Dé todos modos, he llegado a la conclusión de que soy yo, el propio interesado, el que ya no puede seguir callando.

Se detuvo, para proseguir al poco. Sin dar tiempo a que Dennis Barsson tuviera opción a decir nada.

—Antes de entrar al servicio del señor Burke, estuve internado en un... un... —pero se interrumpió, sintiendo reparos en decirlo.

—En un manicomio —dijo el joven, queriendo facilitarle la confesión—. Ya lo sabía. No se preocupe por eso.

—¡Ah!, ¿Lo sabía usted? Yo creía que... Bueno, como sea creo que es mejor que yo también se lo haya dicho. Esos crímenes son dignos de un loco, de un auténtico loco, y esa circunstancia, o más bien, esa coincidencia, no me favorece nada...

—Usted salió curado, David.

—Sí, totalmente. Sin embargo, ya se sabe lo que pasa en tales casos, la gente desconfía siempre. Y la policía desconfiará también, o quizá algo más que eso, en cuanto averigüe mi verdadero pasado. Y antes o después lo averiguará...

—Es lo más probable,

—Por eso he querido decírselo a usted, para que, sabiéndolo, esté más en condiciones de ayudarme. Le mentiría si le dijera que no me siento temeroso. Hágase cargo —agregó—, puedo ser detenido en cualquier momento. En mi caso, no creo que hagan falta más pruebas que mi pasada locura...

—Haré todo lo que pueda por usted. No se inquieté, David.

—Gracias, señor.

—Sólo una pregunta, si me lo permite, para que yo sepa mejor a qué atenerme.

—Hágamela, señor.

—Antes de ser internado, ¿cometió usted algún delito?

El mayordomo tardó en responder. Pero finalmente lo hizo, pues evidentemente no le quedaba otra alternativa. La pregunta había sido demasiado clara y concisa.

—Sí —dijo.

—¿Qué clase de delito? —le preguntó Dennis.

De nuevo tardó en responder. Pero de nuevo, asimismo, había de hacerlo.

—Maté a una muchacha —contestó con voz ronca.

—¿Su novia? —quiso saber.

—Mi esposa. La encontré haciendo el amor con otra mujer.

—¿Cómo la mató?

—La estrangulé. Luego..., luego... —agregó— no pude soportar los remordimientos y decidí acabar con mi propia vida. Sin embargo, lo último que recuerdo es la pared de mi celda, a la que me puse a dar desesperados puñetazos. Cuando recobré la noción de mí mismo, estaba ya internado en un manicomio.

—No necesito saber nada más —dijo Dennis Barsson—. Ya es bastante. Y perdone la indiscreción de mis preguntas.

—Me hago cargo, señor.

Nadie les había oído. O por lo menos nadie había aparecido por allí durante la charla que habían mantenido.

Se dirigió hacia la sala de billar. Allí estaba el viejo Stanley Burke, pálido, ojeroso, en su sillón de orejeras. Cerca de la mesa de billar, sobre cuya superficie verde destacaban las bolas de marfil, Brian y Dianne. Los tres en medio de un silencio extraño, hostil, Deborah no estaba,

—Aquí me tienen —saludó Dennis Barsson—. Ya de regreso.

—Me alegro de verle —el viejo Stanley Burke respiraba fatigosamente—. ¿Cómo le ha ido?

Notó que Brian y Dianne le miraban con particular atención.

—Bien, muy bien —pero no quiso dilatarse en pormenores de ninguna índole mientras Deborah no estuviera presente.

Lo estuvo pronto, pues el mayordomo acababa de notificarle su llegada y ella había corrido escaleras abajo para reunirse con él.

—¡Qué alegría que ya esté aquí! —exclamó.

Fue poco después, cuando Dennis Barsson se dispuso a ampliar su información. Indudablemente, unos y otros estaban esperando que lo hiciera.

—Pues bien —dijo— tengo ya en mi mano la solución del enigma. Pero hasta mañana, aproximadamente al mediodía, no podré demostrarlo.

—No comprendo —dijo Brian.

—Yo tampoco —añadió Dianne.

El viejo Stanley Burke se limitó a mirarle de un modo interrogativo. Seguía con la respiración muy fatigosa.

—A esa hora, recibiré a dos personas... —comunicó—. Entonces se aclarará el asunto. De todos modos, yo ya sé quién es el asesino...

Un silencio pesado como una losa dio la sensación de caer sobre cada uno de ellos.

—¿Quién es...? —preguntó Brian, cuyo rostro, habitualmente muy colorado, ahora parecía a punto de estallar.

—¿Quién...? —inquirió Dianne. Con el rostro a su vez intensamente congestionado.

—Mañana..., mañana... —pidió calma Dennis Barsson—. No hay que precipitar los acontecimientos. Pero para que no pongan en duda que ya lo sé, me voy a permitir una, digamos, pequeña filigrana...

A continuación sacó un papel blanco de su bolsillo y escribió en él dos palabras. Un nombre y un apellido.

—Aquí —les explicó a los presentes— está el nombre del asesino. Mañana... les dejaré leerlo.

Dicho esto, Dennis se acercó a la chimenea, sobre cuya repisa había, cerca del reloj de sonoras campanadas, varias figuras de adorno. Una de ellas, era una miniatura de mármol.

La levantó y colocó debajo el papel.

—Aquí queda mi sentencia —dijo. Y añadió—: Ya verán, mañana,

cómo mi olfato no me ha engañado.

* * *

Brian y Dianne, e incluso el viejo Stanley Burke, habían mirado repetidamente hacia la miniatura, hacia el papel escrito. Y Dennis Barsson les recordó:

—Hasta mañana... nada —y para que no sucediera ninguna desgracia más, les previno—. Es necesario, por lo demás, que hasta mañana actúen de un modo comedido... Quiero con esto señalar, la necesidad de que se retiren a sus respectivos dormitorios y de que no salgan, bajo ningún concepto, hasta que haya despuntado el nuevo día. Otra cosa podría dar facilidades al asesino. Facilidades que sin duda busca —agregó— pues su tarea no ha concluido todavía...

Prometieron que le harían caso, por comprender que le asistía la razón. No, no debían cometer errores de ninguna clase. Podía resultar de fatales consecuencias.

Se separaron.

Se cerraron las puertas de sus distintos dormitorios.

La casa quedó en absoluto silencio.

Y todo pareció que iba a ir bien, perfectamente. ¿Por qué no, si habían tomado las debidas precauciones? ¿Por qué no, si Dennis Barsson ya les había prevenido del riesgo que podía entrañar no hacerlo así? ¿Por qué no, si habían quedado en obedecerle?

Sin embargo, ni Brian ni Dianne habían de reaccionar razonablemente. Ante un hecho que, bien analizado, sólo podía llevarles a extremar las precauciones.

Pero no se detuvieron en reflexiones y las consecuencias no habían de tardar en dejarse sentir. Por desgracia para ellos.

Sucedió a eso de las tres de la madrugada.

Brian fue el primero en oír un ruido junto a la puerta de su dormitorio. Un ruido del que se apercibió porque, con tantas emociones, aún no había podido dormir.

Se incorporó en la cama y encendió la luz de su mesita de noche. Entonces vio que alguien había deslizado un papel bajo la puerta.

Parpadeó, sorprendido. Aquello no se lo esperaba. ¿Quién podía hacer semejante cosa? No tenía sentido lo que sus ojos veían.

Dejó la cama y se acercó a la puerta, decidido, eso sí, a no abrir de ninguna de las maneras.

Se agachó para recoger el papel, e instantes después lo desdoblaba para leer su contenido.

Un contenido breve y escueto:

«Te espero abajo. Yo te explicaré todo.»

Se puso a temblar, y a sudar. Ambas cosas a la vez.

Había reconocido la letra. Además, la nota venía correctamente firmada. Un nombre que resultaba ¡ALUCINANTE!

No lo pensó siquiera. Tenía que salir de allí, bajar la escalera y reunirse con la persona que le había citado...

Con una mano que de puro temblorosa apenas acertaba con sus gestos, descorrió el cerrojo e hizo girar el pomo de la puerta, entreabriéndola.

Salió al pasillo.

Pero esto fue lo último que hizo.

Apenas dados un par de pasos, un algodón impregnado de cloroformo se aplastó contra su boca y nariz. Quiso rebelarse, pero el ataque había resultado demasiado rápido, excesivamente inesperado. Además, la fuerza que el atacante imprimía a su mano, era realmente inusitada.

En seguida empezó a nublársele la vista, a sentir que todo le daba vueltas.

Instantes después, había de caer como un fardo sobre la alfombra que cubría el pasillo.

Ya no se despertaría.

* * *

Dianne estaba dando vueltas en la cama. Primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda, seguidamente boca abajo. Nada, no había forma de conciliar el sueño.

Pensaba en Dennis Barsson, que decía saber ya quién era el asesino. Le daban ganas, por descontado, de bajar a la sala de billar, acercarse a la chimenea y coger el papel doblado que había dejado bajo la miniatura.

Pero no, por descontado que no lo haría. Habían quedado en permanecer cada uno en su respectiva habitación mientras no clarease la luz del nuevo día. Era lo sensato, lo razonable, pues el peligro seguía latente. Seguía indudablemente acechando.

Le pareció que oía un ruido.

Se incorporó en la cama y encendió la luz de su mesilla de noche. Entonces vio que alguien había deslizado un papel bajo la puerta.

Parpadeó, sorprendida. Aquello no se lo esperaba. ¿Quién podía hacer semejante cosa? No tenía sentido lo que sus ojos veían. Pensó lo mismo que su hermano Brian.

Ella también dejó la cama y se acercó a la puerta, decidida, eso sí, a no abrir de ninguna de las maneras.

Se agachó para recoger el papel e instantes después lo desdoblaba para leer su contenido.

Un contenido breve y escueto.

«Te espero abajo. Yo te lo explicaré todo.»

Se puso a temblar, y a sudar. Ambas cosas a la vez. Lo mismo que le sucediera a su hermano Brian.

Había reconocido la letra. Además, la nota venía correctamente firmada. Un nombre que resultaba ¡ALUCINANTE!

Tampoco ella lo pensó siquiera. Tenía que salir de allí, bajar la escalera y reunirse con la persona que le había citado...

Con una mano que de puro temblorosa apenas acertaba en sus gestos, lo mismo que su hermano Brian, descorrió él cerrojo e hizo girar el pomo de la puerta, abriéndola.

Salió al pasillo.

Pero fue esto lo último que hizo.

Apenas dados un par de pasos, un algodón impregnado de cloroformo se aplastó contra su boca y nariz. Quiso rebelarse, pero el ataque había resultado demasiado rápido, excesivamente inesperado. Además, la fuerza que el atacante imprimía a su mano, era realmente inusitada. Exactamente lo que Se había sucedido a su hermano Brian.

En seguida empezó a nublársele la vista y a sentir qué todo le daba vueltas.

Instantes después, había de caer como un fardo sobre la alfombra del pasillo.

Ya no se despertaría. Lo mismo que su hermano Brian.

* * *

El viejo Stanley Burke creyó oír algo. No supo exactamente qué. Y decidió salir a ver qué era.

No era prudente hacerlo. De acuerdo. Pero él no tenía miedo. No podía tenerlo porque sabía que, de todas formas, su fin estaba próximo.

Se puso una bata y abandonó su dormitorio. Y en el pasillo, se dio cuenta de que abajo, en el vestíbulo, las luces estaban encendidas.

Se acercó a la escalera y miró hacia abajo.

Fue entonces cuando gritó. Un grito horripilante que resonó en la casa como el aullido de una bestia mortalmente herida.

Dennis Barsson tardó escasos segundos en aparecer. Tan escasos, que cuando llegó junto a la escalera el eco de aquel grito aún estaba rebotando en las paredes.

Deborah también se dejó ver muy poco después.

Los dos llegaron a tiempo, pues, de ver cómo el cuerpo enjuto y arrugado del viejo Stanley Burke, caía por los peldaños de la escalera, dando vueltas sobre sí mismo, y yendo a parar, finalmente, sobre las baldosas del vestíbulo.

Un cuerpo que acababa de sufrir un inapelable fallo cardíaco y que, ya sin vida, fue descendiendo por la escalera hasta quedar tétricamente inmóvil al final de su recorrido.

Dennis y Deborah, estremecidos, horrorizados, no habían de tardar en ver lo que había motivado que aquella vida se extinguiera de aquel modo tan súbito.

Brian y Dianne se hallaban colgados de la lámpara que pendía en el centro del vestíbulo. Una lámpara que sólo tenía dos brazos. Ahora, ambos, siniestramente ocupados.

Los ojos de las dos nuevas víctimas permanecían abiertos, y parecían mirarse uno al otro como no terminando de creerse lo que les había sucedido.

Sus bocas estaban abiertas, tal vez desencajadas. Por allí salían sus lenguas, más de un palmo.

CAPITULO X

La policía se había retirado luego de haber interpelado una vez más a los que aún vivían bajo aquel techo, y luego,, asimismo, de esperar que las ambulancias se llevaran los cadáveres para su correspondiente autopsia.

El inspector dijo que volvería a la tarde, y Dennis Barsson le acompañó hasta la puerta, despidiéndole cordialmente, pero sin poner en su conocimiento las averiguaciones que había hecho por su cuenta y riesgo. Tal vez convencido de que él solo, sin ayudas, lo haría todo mejor.

—Voy a acabar desquiciada... —dijo Deborah, y las lágrimas asomaron a sus ojos—. No es para menos...

—Es éste un momento difícil, por descontado que sí —convino Dennis—. Me hago cargo de lo que debe estar sintiendo.

Lo que ella sentía, era una horrible mezcla de desasosiego, angustia y miedo. Porque si el asesino había actuado para ser el único heredero de tío Stanley, entonces..., entonces... el asesino parecía ser ella. Todos los demás estaban ya muertos.

Miró a Dennis Barsson. ¿Acaso él habría llegado a análoga deducción? No quería ni pensarlo.

—Tengo miedo... —repuso, sin dejar de mirarle.

—Me tiene a su lado —repuso él—. Yo la defenderé si se presenta la ocasión.

—Tengo miedo de que esté desconfiando de mi... —se atrevió a decírselo.

—¿De usted, Deborah?

—Ahora todo el dinero de tío Stanley irá a parar a mis manos. Eso, bien mirado, resulta altamente sospechoso, ¿no cree?

—Puede creerlo la policía, pero yo no. Mis sospechas se dirigen en otra dirección.

En aquel preciso instante, interrumpiéndoles, se oyó el ruido de un coche. Acababa de frenar en la explanada, ante la casa.

—¿Quién puede ser...? —inquirió la muchacha.

Se dirigió a la ventana para averiguarlo. Desde allí se abarcaba la explanada en toda su amplitud.

—¡Si es el coche de Lukas! —exclamó.

Tras unos instantes, el suspense experimentado se trocó en algo más que asombro, en algo más que perplejidad. De ello que el cuerpo de Deborah se tambaleara.

—¿Qué le ocurre...? —Dennis llegó a tiempo de sujetarla.

De no haberlo hecho así, quizá hubiera acabado en el suelo. Las rodillas se le doblaban. Por lo demás, su rostro se había quedado

pálido, lívido. Ni desmayada hubiera hecho peor cara.

—¡Es Lukas! —jadeó—. ¡Lukas en persona!

Creía estar viviendo una pesadilla.

¿Qué otro nombre merecía algo tan inconcebible como aquello? ¿Acaso Lukas Burke no había acabado en la chimenea, quemado y consumido por las crepitantes llamas? Entonces, ¿cómo explicarse que acabara de verle con vida, tan alegre, desenvuelto y campante como siempre?

Aún estaba haciéndose estas enloquecedoras preguntas, cuando Lukas Burke, que había abierto con su propia llave y había entrado ya en la casa, se presentó en la sala de billar.

—Ya estoy de vuelta, cariño —le dijo a Deborah, con absoluta naturalidad. Y seguidamente, aludiendo a su acompañante—. ¡Qué!, ¿nos presentas?

La muchacha se sujetó al brazo de Dennis Barsson, pues volvió a sentir que las rodillas se le doblaban.

—¿Eres tú..., tú..., tú...? —preguntó, como si aún lo dudase.

Pero no, no podía dudarlo. Lukas Burke estaba ante ella y esto era un hecho cierto, auténtico. Tan auténtico y cierto como que ella no acertaba a reaccionar.

—Claro que soy —se rió alegremente Lukas Burke—. ¿Quién voy a ser si no,...? —Y reparando en la expresión casi aterrorizada de ella—: ¿Se puede saber lo que te pasa, cariño? Pareces estar viendo a un ser de otro mundo.

—Es que..., que... —tartamudeó Deborah.

—No comprendo, cariño. Explícate...

—Se lo explicaré yo —dijo Dennis— si a usted no le importa —y agregó—. Le creíamos muerto.

—¿Muerto? —se asombró Lukas Burke.

—Muerto y enterrado —puntualizó el joven—. Por lo que no debe sorprenderle que su novia, al verle ahora con vida, crea estar viendo visiones.

—Oiga, ¿a qué viene esta broma de poco gusto? ¿Yo muerto y enterrado? Vamos, hombre. Nunca he estado más vivo... A propósito, ¿quién es usted? Que yo sepa, no tengo el gusto de conocerle.

—Soy detective —repuso Dennis—, Y estoy aquí, en esta casa, con la pretensión de desenmascarar al asesino de Carol,, de usted, de Andrea, y de Brian y Dianne...

—¿Qué está usted diciendo? —Barbotó Lukas Burke—. ¿Qué pretende darme a entender?

—Han sido asesinados —se limitó a decir.

—¿Cómo...?

—Asesinados —repitió Dennis Barsson—. Sí, todos. Menos usted, por lo que veo... Le creíamos, uno más en la lista, pero, no puede

dudarse, usted respira perfectamente.

—Explícamelo tú, Deborah. ¿Es cierto lo que dice este detective? ¿Todos muertos? ¡Oh, no, es demasiado horrible! —y se trastornó su expresión.

—También ha dejado de existir su tío Stanley —amplió Dennis Barsson—. De un súbito paro cardíaco. Lo que no debe extrañarle demasiado, ya que estaba muy enfermo.

—Ni me extraña —dijo Lukas— ni me entristece. La verdad es que no nos llevábamos demasiado bien. Pero respecto a mis hermanos, ¿quién ha sido...? ¿Quién...? —y alzó la voz.

—No lo sabemos todavía —contestó Deborah—. Pero, ¿y tú, Lukas...? ¿Cómo puedes estar vivo, si yo te vi muerto...? Estabas en la chimenea, y las llamas quemaban tu cuerpo... Habías dejado de existir horas antes envenenado... Luego, alguien te había colocado allí...

Con voz temblorosa, la muchacha le refirió todo lo que había sucedido. Sin omitir detalles.

—Ese no era yo —repuso Lukas—. Bueno, supongo que no hace falta que te lo jure para que me creas. Estoy ante ti, tus ojos me ven, tus oídos me oyen, y vamos, que no creo que puedas estar dudando...

—No, claro que no —dijo ella—, Pero entonces, ¿quién era aquel...? Era igual que tú. Exactamente igual. No había la menor diferencia.

—Debía existir algún parecido, y el resto lo puso tu imaginación, vuestra imaginación... Otra cosa no es posible... Anda, cariño, tranquilízate., —se le acercó solícito—. ¿Quieres una copa de brandy? Te sentará bien.

—Sírrame otra a mí, por favor —intercaló Dennis Barsson.

No le hizo la menor gracia su tono, pero lo aceptó. Y sirvió los brandys, uno a cada uno, diciendo luego:

—Como te dije, Deborah, me fui a nuestra cabaña del bosque. Quería reflexionar un poco y para eso necesitaba estar solo y tener silencio a mi alrededor. Transcurrido el plazo que me había impuesto a mí mismo, he decidido regresar. Esto es todo. Y apenas llego, no sólo se me recibe diciéndome que mis hermanos han sido asesinados, sino que se me dice que yo mismo también estoy muerto... ¡Inconcebible! ¡Es para no creerlo!

Deborah acababa de recordar el papel que el día antes había quedado sobre la repisa de la chimenea, bajo la miniatura.

Dominada por el impacto de los últimos acontecimientos, se había olvidado de que seguía allí.

De pronto, se sintió dominada por la impaciencia de leer el contenido de aquel papel. Una impaciencia realmente imperiosa e incontinente.

De un modo disimulado, pues, fue acercándose a la chimenea. Hasta que pudo, sin ser vista, coger el papel y desplegarlo ante sus ojos.

¿Qué nombre esperaba ver escrito allí?

¿Acaso el del mayordomo David...?

¿Tal vez el suyo propio?

¿Puede que algún otro?

No, ya no tenía por qué hacerse más cábalas. El nombre estaba ante su mirada, escrito con letras grandes, perfectamente claras.

«LUKAS BURKE.»

Se estremeció de arriba abajo, de pies a cabeza. Afortunadamente, había leído el papel sin que nadie reparara en lo que hacía.

—¿Le apetece otro brandy? —preguntaba poco después Lukas Burke al detective, más solícito su tono y más cordial su expresión.

—No, gracias —contestó el aludido. Quien añadió—: Quiero mantener clara la cabeza para cuando vengan... las personas que espero.

—¿Qué personas? —quiso saber Lukas Burke.

Un sexto sentido le dijo, de pronto, que había sido desenmascarado y que un grave peligro empezaba a cernirse sobre él.

—Ya se enterará —dijo Dennis Barsson, no queriendo agregar nada más.

A Lukas Burke no le satisfizo la brevedad de la respuesta, pero prefirió no insistir. Pensó que podía resultar sospechoso si remachaba en el susodicho asunto. Tenía que disimular, que fingir, como lo estaba haciendo desde que había llegado.

—Bien —repuso— lo mejor será que telefonee a la policía, poniéndoles al corriente de los verdaderos hechos, es decir, de que yo existo... De que yo, durante estos días, he permanecido en nuestra cabaña de la montaña.

—Una idea correcta —opinó Dennis.

Luego, mientras le oía hablar con el propio inspector, se acercó a Deborah. No iba a poder hablar mucho con ella. Lo sabía. Apenas unas pocas palabras. Pero serían suficientes para prevenirla.

—No se fíe de Lukas —le dijo—. El es nuestro asesino.

—He leído el papel —contestó Deborah. Y con un hilo de voz—: ¿Usted cree que eso es posible...? ¿Lo cree de veras...?

—Sí —asintió. Y como sea que Lukas Burke había concluido ya de hablar por teléfono, se dirigió a él—. Pero, dígame, ¿podrá usted demostrar a la policía que, en efecto, estos días los ha pasado en la cabaña...?

El rostro de Lukas Burke se crispó. No pudo disimular su coraje, su rabia, ante aquel ataque tan abierto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Eso, exactamente. Que tendrá que demostrarlo...

—He estado allí —repuso Lukas Burke con las mandíbulas apretadas

—y cualquiera que haya pasado por los alrededores, habrá podido ver salir humo por el tejado, por el hueco de la chimenea.

—Eso no será una prueba —afirmó Dennis Barsson—, Una persona puede dejar el fuego encendido, cargado de troncos para que no se extinga, salir del lugar en que se halle, cometer un crimen y regresar... Y repetir la acción tantas veces como le sea conveniente...

—¿Cómo se atreve? —se indignó Lukas Burke.

—Me atrevo, porque creo en su culpabilidad —y se lo planteó así, sin necesidad de más—. Desde hace ya dos días, todo lo veo claro...

—Le denunciaré por difamación —y Lukas Burke se estaba excitando cada vez más.

—¿De veras? —y él mantenía una absoluta serenidad, convencido, por otra parte, de que ello era una baza a su favor.

—He estado en la cabaña —repuso Lukas Burke— y aunque yo carezca de testigos que así puedan aseverarlo, tampoco podrá nadie afirmar y demostrar lo contrario. Y sin pruebas, no sé si lo sabe usted, en este país no se condena a nadie. Por lo que yo, así que todo se aclare, me casaré con mi novia... —miró a Deborah— y me largaré de aquí. Porque si tampoco sabe esto, yo se lo digo. Rossenward es una localidad aborrecible. Tengo ganas de perderla de vista.

—Si se casa con Deborah, hará una buena boda —ironizó—. A ella va a ir a parar toda la fortuna de su tío Stanley.

—Sí, ya lo sé —afirmó—. Pero somos novios desde hace tiempo... Así pues, está de más que usted piense, insinúe, o lo que sea, que voy a casarme por su dinero.

—De todos modos —dijo Dennis—, usted le ha ayudado a convertirse en la única heredera de su tío.

—Le prohíbo que se exprese en esos términos. ¡Salga de aquí inmediatamente! Esta es mi casa.

—Contrató mis servicios la señorita Romans, Deborah Romans, su novia, así que yo no me debo a sus mandatos, sino a los de ella. Por lo demás, ésta ya no es su casa, puesto que usted fue desheredado por su tío, sino que es la casa de su novia...

—¡Dile que se marche de aquí! —exclamó Lukas Burke, dirigiéndose a Deborah—, ¡Díselo ahora mismo!

Aquello era una orden terminante. Una orden en la que el joven alegre y simpático que todos conocían dejaba paso a un ser despótico. Un ser que no admitía que le llevaran la contraria. Un ser que justificaba que Deborah, en cierta ocasión, dijera: «...al mirarle a los ojos, creí ver allí, en el fondo de sus pupilas... Que era malo. Que tenía un alma terriblemente sinuosa y perversa... Que si me rebelaba a sus deseos, sería capaz de cualquier canallada, de cualquier monstruosidad...»

—Lukas, yo no puedo hacer eso... —balbuceó la muchacha, que en

aquel momento no se hubiera quedado a solas con su novio por todo el oro del mundo.

—¿Vas a desobedecerme? —Se llenó de cólera el rostro de Lukas Burke—. ¿Vas a consentir que en tu presencia me ofenda este detective de poca monta? No me lo hagas repetir —se lo exigió—, ¡despídele ahora mismo! Que se vaya y no vuelva en el resto de su vida.

—Es que..., que... —ella seguía balbuceando.

—Esto lo arreglaremos entre la policía y yo. Usted —miró a Dennis Barsson— está de más aquí. ¡Lárguese de una vez!

—A la policía le convencería usted, no lo dudo. Pero a mí, no —y agregó—: porque yo tengo pruebas. Pruebas de su culpabilidad...

* * *

Como respondiendo a lo que acababa de decir, se detuvo un taxi frente a la casa. En la explanada. Oyeron el ruido de los frenos.

—¿Quién puede ser? —Preguntó Lukas Burke, mirando por la ventana—. No veo que salga nadie.

—La persona que viene —dijo Dennis— espera que vaya a buscarla. Con su permiso.

Y tan tranquilo, aparentemente al menos, salió de la estancia.

—¿Quién es...? —insistió Lukas Burke, ahora a su novia.

—No lo sé —dijo ella. Y viendo que él se le acercaba con expresión más que amenazadora—. No lo sé, ni idea. Te lo juro...

Cuando Dennis Barsson entró de nuevo en la estancia en la que ellos se hallaban, llevaba a su lado a una muchacha. Esta se cogía de su brazo, a pesar de lo cual sus pasos resultaban vacilantes e inseguros.

Al verla, Lukas Burke se quedó como si le hubieran quitado la sangre de las venas. Pero disimuló lo mejor que pudo.

—¿Quién es? —preguntó a su vez Deborah.

—Su nombre no viene al caso —repuso Dennis Barsson. Y aclaró la presentación diciendo—: Es ciega.

Nadie dijo nada y entre ellos se produjo un silencio larguísimo. Que rompió el detective diciendo:

—¿Por qué no habla usted, señor Burke? ¿Teme, acaso, que esta muchacha le reconozca la voz?

—Yo a esta muchacha no la he visto en mi vida —afirmó—. No sé a qué viene tanta tontería.

—Sí, es su voz... Es su voz... —murmuró la muchacha ciega.

—¡Qué estupidez! —Exclamó Lukas Burke—, ¿Acaso pretende usted convertir en testigo de mi culpabilidad a una chica sin vista? Me darían ganas de reír si estuviera de buen humor.

—Es el hombre que me pagó por aprenderme unas cuantas frases de memoria y por repetirlas luego en voz alta... —dijo la muchacha ciega

—. Estoy seguro de ello. Su voz es inconfundible.

—¿Qué frases fueron ésas...? —Preguntó Dennis Barsson—. Repítalas ahora.

—Fueron varias.

—Repita algunas. Las primeras.

—Servicio de Urgencia... Se ruega a la señorita Romans, Deborah Romans, que actualmente se encuentra en su apartamento de esta ciudad, se persone con la máxima urgencia posible en la casa de su tío, en las afueras de Rossenward. Se trata de un asunto de vida o muerte.

—¿Entonces, aquella voz, en la cinta del «cassette», era la suya...? —inquirió Deborah.

—Ese hombre que ahora está aquí —repuso la muchacha ciega— me pagó por hacerlo, me dijo que se trataba de una broma entre amigos. Yo me lo creí.

—¡Esto es mentira! —Barbotó Lukas Burke—. ¡Es una burda patraña! Yo jamás le he pagado para nada semejante... Ni siquiera la había visto hasta ahora... Su testimonio no sirve... ¡Cómo va a servir el testimonio de una chica ciega!

—Recuerdo —dijo la muchacha— que al darme los billetes yo rocé con mi mano la de él. En su diestra, junto a la muñeca, tiene una cicatriz.

Lukas Burke quedó envarado. De momento sólo eso. Sí, era cierto. Junto a la muñeca de su mano derecha, había una cicatriz. Se la hizo de pequeño, precisamente cuando cierto día jugaba con Deborah.

—Alguien debe habérselo dicho —rugió, al salir de su envaramiento—. Ella por sí sola no podía saberlo. No, no sirve su explicación...

—Como verá —apuntó Dennis Barsson— empiezan a haber detalles que no le favorecen nada. Pero, bueno, la escena principal está aún por dar comienzo...

—¿A qué escena se refiere? —y aunque Lukas Burke se esforzaba por mantener la calma, la verdad es que los nervios hacían rato que le estaban traicionando.

La respuesta llegó en un nuevo taxi. Del que, en esta ocasión, se apeó una señora de unos cuarenta y tantos años, de normal estatura, vestida de negro, que mostraba una expresión muy grave.

Dennis Barsson fue a su encuentro, entrando juntos, poco después, en la estancia que Deborah y Lukas Burke habían quedado.

Al ver a dicha señora, Lukas Burke no acertó a contenerse. Era como si, de pronto, se encontrara total y completamente desenmascarado. No, lo cierto es que ya no podía hacerse ilusiones de llevar adelante, sin más, sus consabidos planes. Estos se estaban partiendo en dos, inexorablemente.

—No conozco a esta señora —dijo Deborah.

—Es la hija de Carol —contestó Dennis Barsson—, La hija de vuestra sirvienta Carol. Ha venido a contarnos su historia —y volviéndose hacia la aludida—: por favor, empiece...

Con voz sumamente temblorosa, la mujer explicó que se había casado con un joven francés y que había tenido un hijo. Pero éste murió al poco de nacer. Hecho que la llenó de desesperación, con mayor motivo puesto que el parto se había presentado muy difícil y ella había oído cómo el doctor le decía a su marido que ya no podrían tener más hijos.

Su madre intentó consolarla, pero fue en vano. Su desesperación no decreció. Fue entonces cuando su madre, Carol, le dijo que su señora iba a dar a luz de un momento a otro y que iba a tener gemelos... Le prometió arreglárselas para que quedara ocupado el lugar de aquel hijo muerto.

En efecto, Carol se las arregló para hacer ver a su señora que uno de sus hijos había nacido muerto. Cuando en realidad, claro, sólo le presentó el cadáver de aquel niño nacido unas horas antes. El niño vivo fue a parar a manos de su hija.

Por ese motivo, no por ningún otro, la hija de Carol, que se fue a vivir a Francia con su marido, no volvió más por Rossenward. De haberlo hecho así, cualquiera se hubiera dado cuenta de la semejanza que existía entre aquellos dos niños.

Fueron pasando los años, y los remordimientos que sintió Carol por su acción, fueron desapareciendo al ver las muchas veces que su señora volvía a quedar embarazada. Hasta que llegó un instante, en que casi creyó que aquel niño que vivía con su hija era verdaderamente su nieto.

Por su parte, la hija de Carol llegó a adorar a aquel niño, al que le habían impuesto el nombre de Pierre. Llegó a considerarlo suyo, muy suyo. Tanto como si hubiera salido de sus propias entrañas.

Y todo, en realidad, pareció olvidarse.

Hasta que cierto día, de eso hacía ya poco, Pierre se presentó con el rostro demudado, y le dijo a quien hasta entonces creyó que era su madre, la cual vestía de negro desde que había enviudado, que acababa de conocer a su hermano gemelo. Que éste se había enterado de su existencia y que había ido a buscarle. «Voy a irme con él», le hizo saber. La hija de Carol se puso a llorar desgarradoramente, pidiéndole perdón una y mil veces. También le suplicó que no la olvidara y que la escribiera a menudo.

Pero aquella noche, Pierre ya no se presentó en la casa. No fue a cenar. Y desde entonces no había vuelto a saber de él.

No se dirigió a la policía, porque hacerlo significaba que quedaría al descubierto aquella acción llevada a cabo hacía ya tantos años. Además, si Pierre no aparecía, era, sin duda, que había optado por

desaparecer de su vista sin más palabras de por medio.

Así pues, todo continuó de esta forma, hasta que se presentó en su casa un joven alto, de complexión atlética, que le preguntó si tenía un hijo. Ella le contestó que sí y entonces el joven le pidió conocerlo. Ella denegó con la cabeza. Le dijo que eso no era posible, que su hijo había desaparecido. Ya sin poder contenerse más, se echó a llorar a lágrima viva.

* * *

La mujer vestida de negro, la hija de Carol, se detuvo en su explicación. Y fue entonces, ni antes ni después, cuando Dennis Barsson intervino diciendo:

—Ese joven era yo. Había sacado mis propias conclusiones luego de enterarme que la hija de Carol tuvo un hijo el mismo día que la esposa de Cecil Burke puso gemelos en este mundo. Por cierto, uno de ellos muerto... Conclusiones que se reafirmaban en sí mismas, sabiendo que la hija de Carol, que al poco de nacer su hijo se marchó a vivir a Francia, nunca había vuelto por aquí. Nunca, ni siquiera al entierro de su madre. Y en efecto, mis sospechas se vieron confirmadas... Por lo que, una vez sabido esto, sólo me hacía falta...

—¡Su suspicacia no va a servirle de nada! —Exclamó Lukas Burke de súbito, mientras sacaba a relucir una automática—. ¡Le voy a matar! ¡Lo que acaba de decir, no va a tener ocasión de repetirlo!

—¿Acaso va a matarnos a todos? —Dennis Barsson hizo como si se tomara a la ligera su amenaza, aunque bien sabía que aquel hombre no gastaba bromas—. Porque matarme sólo a mí, no le serviría de nada.

—He ido demasiado lejos —exclamó Lukas Burke, con el rostro cubierto de furibunda violencia— para detenerme ahora. Además, ¿por qué iba a hacerlo, si tengo a mi disposición, igual ahora que antes, la mejor de las coartadas?

—¿La mejor de las coartadas? —inquirió el detective.

—Sí, sí —y en los ojos de Lukas Burke brillaba ahora la maldad más sinuosa y maquiavélica— he dicho coartada... Claro, me bastará achacar todos los crímenes a David, el mayordomo, para que la policía me crea... Y al referirme a todos los crímenes —aclaró— aludo «a todos...» A usted, detective, y a esa muchacha ciega que también me estorba y, cómo no, a esta señora vestida de negro...

—¿Y a su novia? —quiso saber Dennis Barsson.

—A Deborah la dejaré con vida. Sé de sobras que ella atestiguará a mi favor. Dirá sólo lo que a mí me interese que diga... Lo hará —puntualizó, con el gesto violento, furibundo— porque me ama. Ella siempre me ha amado. Por eso he dado por descontado su colaboración. Claro que —aceptó la posibilidad— cabe que sus

sentimientos, ahora que sabe quién soy en realidad, se hayan enfriado algo... Bueno, eso no me preocupa, en ese caso me obedecerá por miedo. Por miedo a que acabe con ella como voy a hacerlo con los demás. Como sea —ahora casi gritó, pues su excitación iba en aumento de un modo casi histérico— nos casaremos pronto y yo podré disponer del dinero que ella herede de tío Stanley. Bien mirado, tal como usted decía antes, a mí me deberá heredar tanto, por lo que justo será que lo compartamos...

—¿Por qué lo ha hecho? —Le preguntó Dennis Barsson, queriendo saber toda la historia—. ¿Por qué no se veía capaz de cambiar de vida? ¿Porque ni siquiera, por lo visto, se veía capaz de hacer el ver que cambiaba...?

—Eso, exactamente —dijo Lukas Burke—. Por lo que me propuse acabar con todos ellos. Así el dinero iría a parar a manos de Deborah. Luego yo me casaría con ella y el asunto habría acabado a mi plena satisfacción. Sólo que —apuntó— yo no esperaba encontrarme con usted, un tipo, francamente, muy incómodo para mí.

—Has matado a tus propios hermanos —repuso Deborah, aún no pudiendo creerlo, con el espanto reflejado en sus pupilas.

—Eres físicamente igual que Pierre —susurró la hija de Carol, cuyas ropas negras le hacían mortalmente pálida—, pero Pierre era bueno y tú eres malo, un ser perverso...

—Los he matado —repuso Lukas Burke— porque los odiaba. Todos obedecían a tío Stanley, todos se hacían querer por tío Stanley... Eran pusilánimes, mansos como corderos. Por lo demás, a ninguno le importaba que yo hubiera quedado a un lado, desheredado... Sí, los he matado —remachó—, ¡y no me arrepiento! En cuanto a mi modo de hacerlo, he actuado de un modo que podría calificarse de científico... Lo he hecho como una persona que estuviera loca, desquiciada... Como lo hubiera hecho un desequilibrado mental... Por lo que así, de un modo sencillo y normal, he llevado todas las sospechas hacia David... ¿No sabe usted, detective, que antes de entrar a nuestro servicio estuvo varios años internado en un manicomio? ¿Pues, qué más pruebas hay que buscar? Sí —se reafirmó en lo que decía— en cada muerte he dejado un detalle, un hecho, propio solo de un demente, de un psicópata... A Carol la violé, partiéndole luego el cuerpo en infinidad de pedazos... A mi hermano gemelo, Pierre, le quemé en la chimenea... A la pequeña Andrea, luego de estrangularla le arranqué los ojos y se los metí en la boca... A Brian y Dianne los colgué de la lámpara... Además, coloqué las cintas en el «cassette», con aquellos mensajes...

—Todo eso ya lo sé —observó Dennis Barsson, sin perder su aplomo—. Lo que aún no sé, es cómo consiguió que Brian y Dianne salieran de sus respectivos dormitorios...

—Les escribí una nota, pasándosela bajo la puerta. Una nota firmada... Sabía —ahora Lukas Burke se rió— que no se detendrían a pensar y que saldrían de allí para reunirse conmigo. Así lo hicieron y su acción resultó de fatales consecuencias. Para ellos, claro. Para mí fue sencillo. Luego, para no quedar delatado, quemé aquellas notas.

—Y dígame, ¿cómo se enteró usted de que su hermano gemelo existía?

—Una noche oí soñar a Carol en voz alta. Yo acababa de entrar en la casa, eran las tantas de la madrugada, venía de pasarlo bien. Sí, la oí soñar... Mejor dicho, aquello era una pesadilla, que la tenía inundada de angustia y de sudor... Como me había dirigido a su habitación, para ver de tranquilizarla, la oí hablar... Entonces me enteré de todo.

—Y la mató por eso, ¿no es cierto? Para que muriera con su secreto. Para que, cuando usted actuara, nadie pudiera encontrar justificación a lo que sucedía.

—Sí, sí... —asintió—. Quería actuar sobre seguro —y seguidamente agregó—: A Pierre le convencí fácilmente de que debía venir a esta casa, a vivir con nosotros. Tampoco me costó darle a beber whisky envenenado... Después, ya muerto, le coloqué en la chimenea... ¿Quién iba a desconfiar de mí, si todos creían que yo era el muerto? Por lo demás, una vez apareciera con vida, nadie dudaría de mi verdadera identidad, nadie podría dudar... Se daría por descontado pues, que la gente imaginó el parecido... Simplemente eso.

—Y dígame —insistió Dennis— era usted el que merodeaba la otra noche por la explanada, ¿verdad?

—Sí —afirmó.

—Llevaba una máscara muy graciosa...

—Un detalle más a confirmar la demencia del asesino, si es que alguien me veía... Como fuera, nadie debía conocer mi Verdadero rostro —y exclamó—: ¡Me ha resultado tan cómodo actuar en el más completo anonimato! En buena lógica, ninguna mente podía sospechar de mí.

—Yo fui esa mente, y me congratulo de ello —y Dennis prosiguió diciendo—: Esa clase de muertes, tan variadas entre sí, y a la vez tan espeluznantes, apuntaban demasiado directamente hacia David... Se veía que alguien quería atraparle entre las redes de su pasado. De ese pasado que le tuvo encerrado durante varios años en un manicomio.

—Muy listo.

—Nunca he sido tonto. Por lo que, si el asesino actuaba en ese sentido, es que sabía lo de David... Y lo de David, sólo lo sabía Stanley Burke y sus sobrinos, y Deborah. Así que había que desconfiar de uno de ellos. Única y exclusivamente de uno de ellos. Esto, añadido al hecho de que la hija de Caro! nunca había vuelto por aquí... En

resumidas cuentas, pensé que tenía que ahondar en tales hechos y circunstancias... Por lo que me dirigí a esa sala de fiestas donde trabaja esa amiga suya, que antes fue corista... Creía que podía ser su cómplice... No, no lo era... Sin embargo, alguien, evidentemente, le había prestado su voz para las cintas que luego colocaría en la radio convertida en «cassette»... Pero vi a esa muchacha ciega, vendiendo cigarrillos, y ya no tuve que darle más vueltas al asunto... ¿A quién mejor que a una muchacha ciega podía pedírsele esa clase de favor? Investigué en ese sentido y sí, en efecto, resultó que un hombre le había pagado bien, muy bien, por no sé qué trabajo... Ya estaba pues, en el buen camino...

—Voy a matarle, ya se lo he dicho y ahora se lo repito. No le sirve de nada demostrarme lo que vale —y por instantes se crispaba la expresión de Lukas Burke, y el gesto de sus manos, y el índice que acariciaba el gatillo.

—Eso de matarme sería una buena solución —hizo constar Dennis Barsson, y conforme se complicaba la situación, más y más crecía su serenidad, su sangre fría—. Lo sería, en efecto, a no ser porque ya le he dicho a la policía mi parecer...

—¿Qué parecer? —se inquietó el asesino.

—Que en lugar de tantos interrogatorios, lo mejor que hubieran podido hacer es ir a la cabaña de la montaña y asegurarse de que estaba vacía... Me dijeron que tenía que estarlo, forzosamente, puesto que usted había muerto. Pero yo he insistido, apuntándoles la posibilidad de que tal vez, pese a todo, estuviera vivo.

—No creo que haya hablado en estos términos a la policía —se crispó más, si cabe, el rostro de Lukas Burke—. Lo dice para asustarme, para que pierda los nervios...

—Sí, les he hablado en estos términos, diciéndoles, por lo demás, que tengo pruebas de que usted es el asesino.

Y antes de que Lukas Burke tuviera tiempo de esperarse la acometida, dio un paso adelante, lanzó hacia arriba su pierna derecha, y de una patada veloz despachó por los aires la pistola automática.

Pero, pese a todo, Lukas Burke no quedó de! todo desarmado. Pues así que la pistola fue a parar fuera de su mano, ésta se dirigió al bolsillo de su americana y salió de allí sujetando el mango de una navaja. Al acto se oyó su «clic».

—Ya me hirió una vez —dijo Dennis—, pero no lo conseguirá de nuevo.

—Entonces, no intente detenerme —dijo Lukas Burke—. Si lo hace, acabaré con su vida a la primera oportunidad que tenga. No me conformaré con menos. Se lo prevengo.

Y poco a poco fue retrocediendo, echando a correr así que estuvo algo alejado de ellos, instantes después salía de la casa.

Dennis Barsson se había quedado quieto durante unos instantes. Dando la sensación de que iba a optar por conservar su piel de la manera más prudente posible.

Pero su actitud fue sólo una estratagema, y tras hacer creer al asesino que renunciaba a su persecución, se acercó a la ventana, la abrió, y de allí se lanzó al exterior. No había apenas altura, así que le resultó facilísimo.

Por lo que Lukas Burke se encontró con que tenía cortada la retirada.

Para ¡legar hasta su coche, le resultaba forzoso habérselas con aquel que había calificado de detective de poca monta.

Decidido a eliminarle, ya que no le quedaba otra alternativa, alzó en el aire su navaja de cortante filo, y se lanzó hacia adelante. Esperando, tal vez, que ante su actitud, su adversario optara finalmente por retroceder.

Dennis Barsson no lo hizo así y le obligó a atacar. Pero su ataque fue perfectamente neutralizado. Esto en un principio. Luego, Dennis Barsson ejerció una maniobra endiablada, de kárate, y consiguió atraparle un brazo tras la espalda, doblándoselo dolorosamente. Tan dolorosamente, que se vio obligado a soltar la navaja.

Entonces, quedaron en igualdad de condiciones, en igualdad de fuerzas. Lo que había de resultar calamitoso para Lukas Burke. Su adversario era mucho más eficaz y competente que él.

De eso que acabara en el suelo pocos instantes después de un golpe en la nuca, que le privó totalmente del conocimiento.

—Debió avisarnos antes —le oyó decir al inspector, dirigiéndose a Dennis Barsson.

—No se preocupe —contestó el joven—. Ya ve que he podido arreglármelas solo.

CAPITULO XI

—Gracias por su ayuda —dijo Deborah Romans—, Lo ha hecho usted muy bien.

—Espero que me pague el favor de alguna manera —le sonrió Dennis Barsson,

—¿Con dinero? —preguntó ella, sonriendo a su vez, sabiendo de sobras que no se estaba refiriendo precisamente a eso.

—No, exactamente.

—Entonces, ¿cómo...?

—Por ejemplo, casándose conmigo. ¿Qué le parece mi idea?

—No me ha besado más que una vez y habla ya de casarse...

—Bueno, lo de ese beso solitario .tiene fácil arreglo.

Acto seguido la estrechó entre sus brazos, aplastándola materialmente contra su poderoso pecho. Y luego la besó en la boca como nunca había besado a ninguna otra mujer.

—Vale —contestó ella, complacida, tras aquella apasionada caricia.

FIN